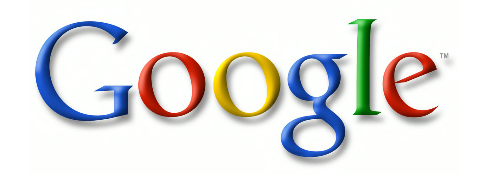
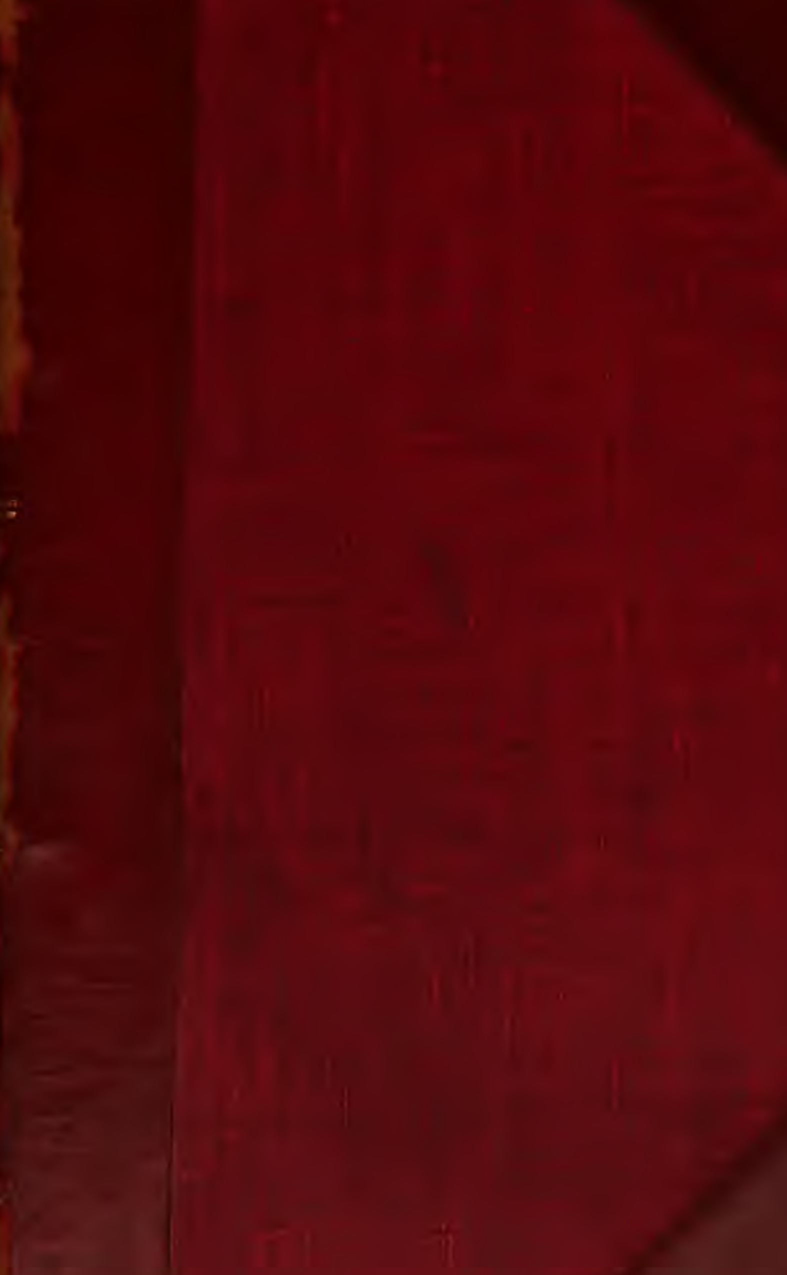




Nuevos cuadros

de la fantasía

y de la vida real

POR

D. Enrique Ramírez de Saavedra

Duque de Rivas,

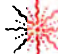
de la Real Academia Española.

Dibujos de L. Valera.
Fotograbados de Laporta, hermanos.



MADRID
Imp. G. López Horno
S. BERNARDO, 92
1903





NUEVOS CUADROS DE LA FANTASÍA

Y DE LA VIDA REAL



El Duque de Rivas

1.872.

NUEVOS CUADROS

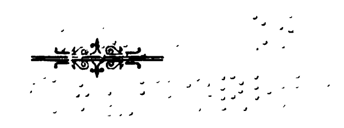
DE LA FANTASÍA Y DE LA VIDA REAL

POR

D. ENRIQUE RAMÍREZ DE SAAVEDRA

Duque de Rivas

De la Real Academia Española.



MADRID
5617 — IMPRENTA DE GABRIEL LÓPEZ HORNO
San Bernardo, 92.—Teléf. 3022
1903

LOS ANTOJOS DEL BARÓN

LOS ANTOJOS DEL BARÓN



LOS ANTOJOS DEL BARÓN

I

Era el Barón de Valfeliz uno de esos tipos que suelen verse en las ciudades populosas, y particularmente en Madrid, donde, aunque asaz degenerada, no se ha extinguido todavía la raza de los Tenorios.

Su edad, de treinta y cinco á cuarenta años; de agradable presencia; ni alto ni bajo; ni grueso ni delgado. En el pelo, ya bastante ralo por la frente y las entradas, y en la barba, recortada y lustrosa, algunas canas prematuras.

La cara, algo marchita, y los húmedos ojos con sus cercos lívidos, más que vigor y audacia, revelaban fatiga y cansancio. Por lo demás, atildado en el vestir, finos modales, y muy correcto y cortés en el trato social.

Su hacienda no era muy grande: apenas llegaría su rendimiento á siete mil duros. La administraba bien, y si no la había aumentado desde que heredó á su padre, tampoco la había disminuido.

Aunque no se corría mucho, que digamos, con la vida que llevaba no era posible ahorrar, y gracias que á fuerza de estirarla, le alcanzase para todo la renta.

Era el Barón lo que los franceses llaman un *viveur,* con sus puntas y ribetes de Lovelace. De pollo, no faltaron mamás, con niñas casaderas, que tratasen de atraparlo; mas él era cauto y receloso, y aunque se dejaba querer, no caía nunca en el lazo. Ya de gallo, y con espolones, de aquellas antiguas damas, unas le motejaban de egoísta, otras de inmoral, y todas le miraban como cosa perdida.

Decíase conservador, tal vez porque esto le pareciese más elegante que pertenecer á otra parcialidad. La política, sin embargo, era lo que menos ocupaba su espíritu. Nunca pretendió ser concejal, ni diputado, ni figuró en ningún comité de partido, ni se halló jamás en un *meeting*, ni en tiempo de elecciones le vió nadie en un colegio electoral depositando su voto en la urna.

En cambio, frecuentaba teatros y paseos, tenía abono en los toros, y no faltaba un solo día al Casino, adonde iba á leer un rato los periódicos y á charlar con sus amigos, pues en la sala de juego no solía penetrar, y rarísima vez se le veía acercarse á la mesa del treinta y cuarenta. Si, por acaso, arriesgaba alguna módica cantidad al negro ó al rojo, se retiraba en seguida, sin tratar de doblar la ganancia, ó de recuperar la pérdida.

Habitaba, en calle céntrica, un lujoso entresuelo, bastante amplio para sus necesidades de soltero, y entre otras comodidades, tenía gas, agua del

Canal y un bonito cuarto de baño con hermosa pila de granito rojo.

Por lo que respecta á la servidumbre que le acompañaba, componíase de una vieja sesentona que cuidaba y gobernaba la casa, y si no desempeñaba precisamente el papel de Celestina cerca del señor, le facilitaba, por lo menos, la realización de sus galantes aventuras, lo que no impedía á doña Gregoria—que este era el nombre de la anciana—pasarse la mayor parte del día con el rosario en la mano, ni tener perpetuamente ardiendo, sobre la cómoda que había en su cuarto, una lamparilla delante de hermosa urna de caoba y cristal, que encerraba una imagen devota.

Además del ama de gobierno, una buena cocinera prestaba servicio al Barón, pues aunque solía comer fuera, almorzaba siempre en casa. Del otro sexo, sólo tenía un criado, Ulpiano, pillastre que le servía de ayuda de cámara y que, encargado de comprar ciertas menudencias relativas al aliño y compostura de la persona de su amo, sisaba á éste cuanto podía.

II

Ya hemos indicado que el Barón administraba bien su patrimonio. Todos los sábados, de nueve de la mañana á una de la tarde, venía indefectiblemente á ayudarle en la gestión de sus asuntos un tal D. Ruperto, modesto empleado en la Beneficencia, hombre ya de cierta edad, honrado y activo. El ajustaba las cuentas, contestaba á los administradores, y cobraba las letras que venían de Jaén, en cuya provincia radicaba principalmente el caudal del Barón; también iba, de vez en cuando, á cobrar *cheques* al Banco de España, donde Valfeliz tenía siempre fondos en cuenta corriente.

Aunque el Barón no mostrase afición á la política, ni sintiera las emulaciones del *sport*, rehuyese por sistema los azares del juego, y letras y artes no le interesaran en lo más mínimo, no estaba su vida exenta de emociones. Le subyugaba la pasión amatoria. De costumbres libres, dijérase, que el hacer conquistas fáciles, libando, como las abejas, de flor en flor, era el único fin de su existencia, y siempre andaba metido en algún enredo de faldas. Ya

era una actriz de algún teatro de segundo ó tercer orden, la que incendiaba su inflamable corazón; ya una amazona del Circo de Price, ó bien alguna suripanta de la Zarzuela, ó artista flamenca de café cantante. Tal vida, á la continua, había acabado por extragarle el gusto, y algo también la salud, no obstante su robusta complexión.

Como de ordinario acontece, tras el abuso del goce, vino la saciedad acompañada del tedio; y luego, como natural consecuencia, el afán de lo nuevo, lo extravagante, el capricho, la curiosidad malsana. Ya no le tentaban el garbo, el donaire, la belleza, sino lo insólito, lo fenomenal, lo raro. Unas veces, la excesiva corpulencia femenil, era acicate de su entusiasmo; otras, la pequeña estatura, y aun la sequedad de contornos de una chicuela á medio formar.

El Barón amaba lo extraño, complaciéndose en los contrastes, y, como la cosa más natural del mundo, pasaba, en sus aventuras amorosas, de una matrona con el pelo blanco, á una muchacha de quince ó dieciséis abriles,

y viceversa. En cierta ocasión le vi, con asombro, prendarse de una gitanilla que vendía cestos de mimbre, esbelta y flexible como las de su raza; pero que daba grima por lo sucia y miserable. Ya en ese camino, las excentricidades del Barón no tenían fin.

Su índole moral no era muy firme; pero en esa aberración del ánimo, extravío del gusto, depravación del sentimiento,



ó como quiera llamarse, algo habían influido su imperfecta educación, los malos ejemplos, sus habituales lecturas: *Don Juan* (de Byron), *El Barón de Foblás, Tom Jones,* las *Memorias*

de Casanova y otros libros del mismo jaez, y, sobre todo, la ociosidad, madre de todos los vicios.

Esas diversas circunstancias, enlazándose unas con otras, fueron como preparación y causa, más ó menos inmediata ó remota, del impensado drama que vamos brevemente á narrar: drama no imaginado por nosotros para solaz y entretenimiento de los lectores, sino acaecido verdaderamente, no hace muchos años, en esta villa y corte. Pero en el tráfago de los sucesos de toda especie, que aquí diariamente ocurren, ¿quién se acuerda del delito que se cometió, ó del lance, curioso ó extraordinario, que llamó la atención, ó excitó el interés hace tres ó cuatro lustros?

Es el caso, que una tarde de Mayo se paseaba el Barón en su modesto milord, tirado por un solo caballo, pero fuerte y de buena estampa, por la Ronda de Atocha; y en el espacio comprendido entre la estación del Mediodía y la doble fila de árboles que guarnecen la acera de enfrente, árboles desmedrados, entre los cuales acostumbran á

poner sus mesas los dueños de las tabernas y cafetines allí establecidos, llamóle la atención un corro de gente del pueblo, al parecer, muy regocijada. Picado de curiosidad, se apeó del carruaje, que dejó á cierta distancia para no ser notado, y se acercó é introdujo entre los circunstantes, á fin de gozar, como cualquier hijo de vecino, del espectáculo que, á la verdad, nada tenía de artístico, ni de culto, ni de bello, sino más bien de salvaje y repugnante.

Era, el que lo dirigía, un pobre diablo, mísero piamontés, de negras guedejas enmarañadas, barba poblada é inculta, ojos negros y relucientes, y tez curtida por la intemperie. No era viejo; pero no había que buscar en su persona frescura y lozanía de juventud.

Se cubría las carnes con un polvoriento y deteriorado traje de pana de color neutro; calzaba sus pies, sin medias, con fuertes y groseros zapatos, y se tocaba con un apabullado y mugriento sombrero verde de cazador alpino, que aún conservaba restos de plumas que un tiempo lo adornaron.

En toda su figura estaba impreso el sello de la degradación y de la miseria.

Sujeto á una cadena llevaba á un tremendo mono, y con la mano que le quedaba libre blandía tosco látigo. El tercer personaje del cuadro (dado que el cuadrumano fuese el segundo), y el más interesante, sin duda, era una mujer, compañera, ó lo que fuese, del italiano, joven bien proporcionada y no exenta de garbo; pero desastrada, vestida de harapos sórdidos, la cabeza desnuda y descalza de pie y pierna.

Consistía la diversión en hacer bailar á latigazos al mono con la mujer, que, al mismo tiempo, agitaba con frenesí una pandereta, más para hacer ruido que para marcar el compás, que allí estaba de sobra.

Cuando pasaban algunos minutos de tan grotesca danza, la mujer volvía la pandereta, y á guisa de bandeja la iba presentando á los espectadores, que en ella echaban algunos céntimos, no muchos; y recogida la mezquina colecta, se marchaban con la música á otra parte.

El Barón había presen-
ciado el grosero espectácu-



lo, y dando rienda suelta á los eróticos

impulsos de su fantasía, habíase imaginado lo que podía ser aquella mujer vulgar, pero de gentiles contornos é incitantes ondulaciones, purificada en un baño de agua de nardos y rosas, y vestida luego á la usanza de su país, con media de seda, camisa de holanda, blanca y perfumada, y traje nuevo y vistoso. En esta especie de embeleso se hallaba el Barón, cuando la muchacha le presentó la pandereta en demanda de alguna ofrenda, y él, apresuradamente, le echó una moneda de cincuenta céntimos, no atreviéndose á más, por no llamar la atención de los que le rodeaban. Aunque la cantidad no era para admirar á nadie, la mujer, que no estaba acostumbrada á aquellas esplendideces, clavó los ojos en el Barón al recibirla, y se sonrió, dejando ver, si bien no muy cuidados, una hilera de blancos y preciosos dientes.

El Barón se volvió á su carruaje, y siguió su paseo; pero la imagen de aquella especie de golfa no se apartaba de su espíritu. Mientras más pensaba en ella, más bellezas y hechizos

le encontraba, y mayor era su afán por verse dueño de aquel ignorado tesoro. Hallar la manera de realizar sus vehementes deseos, era el problema que había de resolver, y á él dedicó toda la tarde su reflexiva atención. Se cruzaban otros coches con el suyo; sus amigos, al pasar, le saludaban; él contestaba apenas; iba como somnámbulo; en su alma no había espacio más que para la danzarina del mono.

Fué á comer, como lo tenía por costumbre, á Fornos, y, solo en una mesa, estuvo mentalmente tirando sus líneas y madurando su plan. Aquella noche no quiso ir al teatro; estuvo un rato en el Casino leyendo los periódicos, y desde allí se fué á su casa á pie, muy lentamente, como hombre que va recapacitando por el camino sobre algo que le interesa mucho.

II

Al entrar el Barón en su casa, llamó á doña Gregoria, con la cual, á solas, conversó de esta manera:

--Usted ha sido siempre la persona de mi confianza, y me ha ayudado en trances difíciles, bastante más árduos y espinosos que el caso de que ahora se trata. Es una fantasía, una verdadera extravagancia. En el fondo, una aventura inocente. No se le hace daño á nadie, ni se corre ningún peligro, como no sea el del ridículo; por lo cual, aunque no tengo que recomendárselo á usted, porque sé por experiencia su reserva y discreción, deseo que esto no trascienda; que no se hable de ello ni con el portero, ni con los criados de los otros pisos, ni absolutamente con nadie.

—Pero, señor, ¿de qué se trata?—

dijo doña Gregoria, algo solevantada con tanto preámbulo.

—Como ya le he indicado, de nada serio, ni de importancia..., de una rareza, una genialidad, un capricho... Usted sabe lo que son los hombres, y particularmente, cuando no son viejos, y no tienen ocupación determinada. En algo han de entretener el tiempo y emplear sus ocios. Para abreviar: se trata de una muchacha italiana, guapa, pero desarrapada, que me he encontrado en la calle acompañada de un compatriota suyo de aspecto miserable, y de un mono con el cual danza al son de una pandereta para ganarse la vida.

Doña Gregoria, que conocía la pareja y el animalito por haberlos visto funcionar en alguna plazuela—¡Santo Dios! — exclamó santiguándose—¡la mujer del mono!

—La misma: y en ello no hay ningún mal.

—Pero, señor, su merced va á traer á su casa una mujer tan...

—Sí, tan sucia: una verdadera golfa. Ahí está el toque: en eso consiste lo

extraordinario del lance, y sobre ese punto van á girar las instrucciones que voy á darle á usted. Yo no he hablado todavía ni con ella ni con el hombre que la explota, como al mono; pero claro es que, cuando les ofrezca un poco de dinero, no han de perder la ocasión de arreglarse algo la vestimenta y comer caliente algunos días.

—¿Y si fuera su mujer?

—No lo creo. Él lleva zapatos y ella va descalza. Sea como quiera, mañana pienso avistarme con ellos, y tengo por seguro que nos entenderemos y cerraré el trato. Todo irá á pedir de boca. Pasado mañana, temprano, espero que venga aquí la muchacha. No se trata sólo de mi personal satisfacción. En esto hay de todo, hasta de higiene y caridad, pues que vamos á socorrer la miseria, y aun á mirar por la salud de esa desgraciada.

A doña Gregoria no le entró en la cabeza lo de la higiene y la caridad; pero nada replicó y siguió oyendo atentamente. —Cuando venga —continuó el Barón—es preciso que ya esté el baño preparado, y que halle á mano

jabón de olor, agua de colonia y todos los adminículos necesarios para que se depure, limpie y escamonde, á fin de que esa pobre muchacha salga de la pila como nueva y regenerada. Mientras esté en el baño, hay que recoger los harapos que traiga, sin perdonar nada; hacer de todo un lío y arrojarlo á la basura; para lo cual, naturalmente, habrá que tenerle dispuesta una muda completa: medias, botinas de piel, camisa de lino, blanca y perfumada, refajo de bayeta, un vestido modesto de colores vistosos y para la cabeza una toquilla de seda de la India. No es alta ni baja, ni flaca ni gruesa: es de medianas proporciones, como son la mayor parte de las mujeres. No será, pues, difícil que encuentre usted en un establecimiento de ropa hecha, lo que necesitamos para dar á esa pobrecilla un vestido completo.

Doña Gregoria, que era de suyo diligente y servicial, y que además sabía por experiencia lo efímero y superficial de estas repentinas pasiones de su amo, que lo más duraban algunos días, sin dejar huella en su corazón ni alte-

rar el curso de su existencia, asintió á cuanto el Barón le dijo, y le prometió que todo estaría oportunamente listo y á medida de su deseo.

Después de esta conferencia, doña Gregoria se retiró á su cuarto, y el Barón, mientras se desnudaba, hizo al ayuda de cámara algunas prevenciones, relacionadas con el grave asunto que traía entre manos, si bien ocultándole quién era ella, y aun procurando que no lo llegase á descubrir. Valfeliz no tenía gran confianza en su doméstico, pues por algo que había llegado á sus oídos, sabía que era largo de lengua y aficionado á murmurar entre la gente lacayuna.

Al siguiente día mandó Valfeliz enganchar más temprano el milord, con objeto de poner en ejecución el plan que ya había madurado. En lugar del sombrero de copa con que solía tocarse para paseo, se cubrió con el hongo democrático, y "á la Ronda de Atocha" —dijo al cochero, al subir al carruaje.

En efecto, llegó á la Ronda; dió algunas vueltas por los alrededores de la estación del Mediodía; pero por más

que se desojaba mirando hacia todas partes, por ninguna descubría al italiano con la *femmina* y el mono.

Al fin se cansó de dar vueltas en limitada zona, y ordenó al cochero que siguiera por las Rondas hasta la puerta de Toledo, no muy esperanzado de hallar aquella tarde lo que ansiosamente buscaba. Mas al pasar por la entrada de la calle de Embajadores, que por aquel extremo tiene bastante anchura, un golpe de pueblo, á cierta distancia, le llamó la atención. Mandó parar, se empinó dentro del coche, y, por encima de las cabezas de la gente aglomerada, vió los brazos de la danzarina agitando la pandereta.

Se apeó en el acto, dió orden al auriga de que lo aguardase en un punto determinado, y se dirigió al grupo, en cuyo centro el mono y la italiana, bajo la férula del maestro y director, lucían sus habilidades.

Al hacer la cuestación, la muchacha reconoció y sonrió á Valfeliz, que esta vez le echó una peseta en el pandero, no sin asombro de las dos ó tres personas que lo notaron.

Se deshizo el corro; los espectadores se dispersaron, y los artistas, ó sea la pareja y el mono, siguieron calle arriba, en busca de qualquier otro sitio á propósito para otra exhibición de su especialidad coreográfica.

El Barón, que no carecía de aplomo, confundiéndose con los transeuntes, abordó al piamontés, con el cual, en una especie de lengua franca, mezcla de vocablos italianos y españoles, trabó conversación.

—¿Hace mucho que estáis en Madrid? —preguntó el Barón.

—Diez ó doce días—contestó el piamontés.

—¿Y vais á permanecer algún tiempo?

—*Non, signore, qui si guadagna poco.*

—Y la muchacha, ¿es tu mujer?

—No, señor; la *ragazza* es mi sobrina... (prescindo del italiano para mayor claridad). No sé si más adelante... No tiene nada, ni yo tampoco.

—Pues bien: yo podría favoreceros algo. Yo soy artista de afición, y desearía sacar la fotografía de la joven, que es un excelente tipo.

—No tengo inconveniente, si el señor paga la jornada.

—¡Qué duda tiene! Que venga mañana ella sola, naturalmente, á las ocho á mi casa. Mi familia la cuidará y le dará un vestido nuevo. Yo la retrataré en varias actitudes, se le servirá de almorzar, y con una buena cantidad en el bolsillo, que aliviará vuestra pobreza, por la tarde irá á buscarte adonde tú le digas.

La muchacha, que si no todo, parte de la conversación la había oído, miró con intención y curiosidad al improvisado artista.

—¿Y qué haré yo mañana con el mono y sin Prisca?

—Nada, descansar. Yo te daré un duro para que comas y bebas á tu gusto en una taberna. Y luego seguiréis la vida que os cuadre.

Giuseppe, que así se llamaba el hombre, se rascó la oreja y, dirigiéndose á la sobrina,

—¿Has oído?—le preguntó.—¿Qué te parece?

—Pues... bien. Si el señor nos recompensa, que me retrate cuanto quiera.

—Es verdad—afirmó Giuseppe.

—Entonces—dijo el Barón—queda todo convenido.—Y dándole una tarjeta:—Estas son mis señas. Cuando llegue á casa prevendré al ama de gobierno, que es muy buena y hospitalaria, para que reciba y atienda á Prisca, mientras yo me levanto y me avío.

Sacó después el portamonedas, y tomando de él un duro, se lo alargó á Giuseppe, que, ciertamente, no le hizo ascos, y saludando á Prisca,—Conque, adiós, muchacha, hasta mañana,—dijo, y se retiró á buscar su coche.

III

Aunque todo parecía arreglado á gusto del Barón, era éste algo caviloso, y le vino á las mientes la idea de que Prisca, á última hora, se hiciese la displicente y la dengosa, y que la juzgada por él plaza abierta, ó puerto fran-

co, se convirtiese de pronto en fortaleza inexpugnable. Pero tal aprensión se disipaba en breve, y él mismo se reía de tales imaginaciones. ¿Cómo una golfa, llevando aquella vida desastrada (y sabe Dios por lo que habría pasado), iba á fingirse púdica y melindrosa con un hombre como él, que, además de manifestársele rendido y obsequioso, se apresuraba á ofrecerle vestido y alimento, y disponíase á galardonarla espléndidamente?

Mientras Valfeliz se devanaba los sesos en ociosas cavilaciones, Giuseppe, por su lado, no dejaba de pensar un punto en el extraño encuentro con el Barón y en lo pactado y convenido entre ambos.—No es poca fortuna—decía á Prisca—haber llamado la atención de ese señor, que gusta de hacer retratos y parece generoso. Si en medio de esta aperreada vida nos encontramos, como llovido del cielo, con algún dinero para que te compres unos zapatos, y yo otros pantalones, pues éstos se me están cayendo á pedazos, no habremos hecho en balde nuestro viaje á España, donde apenas si á es-

tas horas hemos logrado no desfallecer de hambre. Muchos nos habían dicho ya, que eres un buen modelo para cuadro... Pero... ¿por qué á mí no me retrata también? Recuerdo que, en Turín, un pintor que hay allí muy famoso, tuvo empeño en sacarme en un cuadro que representaba no sé qué escena en un desfiladero de la Calabria, y me dijo repetidamente, que tenía una cabeza de estudio.

—El señor Barón no querrá más que un modelo de mujer. Es meramente un aficionado.

—Y ¿por qué no quiere recibir más que á ti, y encarga que vayas sola?

—Naturalmente. Su familia se asustaría, si con nuestro pelaje y además el mono nos encajásemos allí...

—Es verdad... pero tantas horas... Los señores, por lo mismo que todo lo tienen... No sería la primera vez...

—Calla, hombre. Ahora me voy á creer, que ese buen señor se ha enamorado de mí. ¡Tendría que ver, que yo fuese todavía Baronesa!

—No pienso tal; pero la desgracia le hace á uno desconfiado. Si salimos de

tantas dificultades, y en algún rincón de nuestros montes echamos al fin el ancla, ya sabes que tengo el propósito de que el Cura nos eche la bendición.

Con el duro en el bolsillo de Giuseppe, se dejaron ya por aquel día de exhibir al mono, y entraron á comer en un figón de las afueras, pasando el resto de la tarde en diálogos por el estilo del que hemos reflejado en las anteriores líneas.

Pero ¿á qué respondían tales pláticas? ¿De qué fibras del corazón eran eco aquellas divagaciones? ¿Amaba, acaso, aquel hombre inculto y degradado á Prisca, á la cual trataba poco menos mal que al mono? Giuseppe no guardaba la menor consideración á aquella infeliz mujer. En el hombre más soez y más grosero, si ama, hay en sus relaciones con el objeto amado matices de abnegación y filigranas de ternura indefinibles. ¿Qué digo del hombre? En las manifestaciones afectivas de los mismos animales, se ve frecuentemente al macho tener con la hembra miramientos y finezas que asombran al observador. Giuseppe, en su miseria, re-

servaba para sí el mejor bocado: antes que todo, su persona: luego, Prisca y el mono, los cuales sufrían á menudo las consecuencias de su brutalidad. Aunque viejos y recompuestos, Giuseppe llevaba zapatos; Prisca iba descalza. Si por casualidad algún día la colecta era más abundante, lo que sobraba, cubiertos los gastos de manutención y estancia en algún barracón de las afueras, era para la provisión de su pipa, ó para sus libaciones alcohólicas, sin pensar en los andrajos que cubrían el, por fortuna, robusto cuerpo de la desventurada, con quien tal vez, andando el tiempo, llegaría á casarse según la Iglesia. Es casi seguro, que si aquella mujer desvalida hubiese sucumbido bajo el peso de tantos trabajos y penalidades, Giuseppe la hubiera sentido no mucho más que la pérdida del mono, pues los dos juntos venían á ser como el instrumento material con que el bueno del piamontés se ganaba la vida.

Esos eran los lazos internos que moralmente unían al tío y á la sobrina, dejando á un lado otra clase de relacio-

nes que, en caso de que existiesen, no trascendían al corazón ni al espíritu de aquellos seres ínfimos y rebajados.

Y sin embargo, ¿quién puede sondar los abismos del corazón humano? desde el momento que cerró el trato con el Barón y tomó de sus manos el peso duro, empezó á sentir como picaduras de venenosos insectos en el fondo de su encallecida conciencia. Indudablemente las cosas no adquieren á nuestros ojos valor, tanto por lo que nos sirven y complacen, como por lo que los demás las estiman. Algo así como lo que pasa con el niño que se cansa del juguete, y roto ó deteriorado, lo arroja á un rincón y lo olvida; pero si luego viene otro chico, lo saca á relucir nuevamente y manifiesta holgarse con él, éntrale entonces al primero repentino amor por el objeto despreciado, y grita y patalea, para que no le quiten lo que estima suyo.

Por la primera vez de su vida Giuseppe colocaba á Prisca en su obscura imaginación por encima del mono, apreciaba su valer y sentía confusamente que la amaba. Y empujándole

el inesperado suceso y las nuevas impresiones por ese incógnito rumbo, empezó, con viva sorpresa de Prisca, á hacerse, á su modo, el galante, y aun á manifestar recelos por la concertada visita á casa del Barón.

Ella, que vivía unida á aquel hombre por la necesidad y la miseria, y que, además, le estaba sometida por el temor, sin haber experimentado por él jamás—es verdad que tampoco por ningún otro — la menor veleidad amorosa, estaba asombrada de la súbita transformación de aquel ser grosero y semisalvaje en galán, siempre rudo, pero obsequioso. Con objeto de tranquilizarle, le explicó bien claro, que no había motivo para recelos y desconfianzas; que una persona tan principal no iba á prendarse de una zarrapastrosa de sus condiciones, y que en la horrible penuria á que se hallaban reducidos, no era cosa de perder la ocasión de granjearse un puñado de duros, por andarse con escrúpulos, que hasta entonces no le habían asaltado nunca. Se trataba de vivir ó de perecer, y la elección no podía ser dudosa.

—Ahora mismo—le dijo en la mesa del figón — estamos comiendo mejor que de costumbre, merced á la generosidad de ese caballero. ¡Dios nos lo conserve mucho tiempo!

Pasó la noche, y al siguiente día, á las siete de la mañana, Giuseppe, dejando atado al mono y al cuidado del dueño de la barraca donde se albergaba, se dirigió con Prisca á casa del Barón, aunque sin designio de penetrar en ella, y sólo por acompañar á la sobrina hasta el umbral de la puerta, donde, en efecto, se separaron.

Apenas desapareció ella de su vista, Giuseppe, sin comprender él mismo lo que en su interior pasaba, se retiró con disgusto; y en lugar de volverse á su pobre albergue, como lo tenía dispuesto, pensando que no se había aún desayunado, y hallándose con unas pesetas en el bolsillo, miró en torno, y se dirigió á una taberna situada á corta distancia de la casa de Valfeliz. Allí mató el gusano con una copa de amílico, y acomodado á una mesa, cerca de una ventana, desde la cual se descubría la morada del Barón, rellenó de

mal tabaco su ennegrecida pipa de raíz de olivo y se puso á fumar. A cada bocanada de humo, clavaba los ojos en los balcones del entresuelo de Valfeliz, como si allí estuviese pasando algo de vital interés. Parecía dominado por una idea fija, ó bajo la opresora garra de tenaz obsesión.

IV

Al cabo de algunos minutos, calculando que debían pasar dos ó tres horas antes de que Prisca saliese del domicilio del Barón artista; para combatir la impaciencia y también porque la necesidad se impone, por absorbentes que sean las pasiones del ánimo, Giuseppe determinó almorzar, y pidió que le sirviesen una ración de callos y una botella de peleón.

Quédese, por ahora, en la taberna, haciendo tiempo y, al par, tomando

fuerzas y dando vuelo á la infausta quimera que avasallaba su espíritu, y veamos qué era, entre tanto, de la *nipotina*.

Prisca salvó ligeramente el corto tramo de escalera que del portal iba al entresuelo. Sin dar lugar á que llamase, le abrieron la puerta y penetró en los dominios del Barón.

Doña Gregoria, ducha en este género de menesteres, y que todo lo tenía dispuesto y preparado, recibió á la joven como si aquella visita fuese cosa natural y corriente, y la condujo á su cuarto, donde le ofreció un ligero desayuno, de antemano prevenido, que Prisca aceptó sin hacerse de rogar.

Mientras lo tomaba, explicóle doña Gregoria, que le tenía dispuesto un baño templado y oloroso para que en él se asease; peines y esencias, para que desenmarañase y perfumase la negra crencha, en lo cual ella la ayudaría, y un vestido completo, desde medias y zapatos hasta un vistoso pañuelo de seda para la cabeza: todo regalo del Barón que deseaba retratarla guapa y bien aderezada, no con los míse-

ros trapos que mal ceñían y afeaban su airoso cuerpo.

A Prisca, que, no obstante la vida salvaje y de miseria que estaba acostumbrada á llevar, al fin era mujer y no exenta de coquetería, no le pareció mal aquella transformación que iba á redundar en ventaja de su persona, y sin parar mientes en el precio que podría costarle, pues su sentido moral estaba bastante atrofiado, y, por otra parte, tenía poco que perder, se dejó sin resistencia guiar en todo por la experta doña Gregoria.

Tomó, pues, su baño; se aseó (que harto lo necesitaba); se peinó; se perfumó; se purificó la boca con agua del Dr. Pierre; se vistió de limpio y nuevo de pies á cabeza. Sólo en la parte de calzado se tropezó con alguna dificultad. Aunque doña Gregoria, que estaba en todo, tenía preparados tres pares de zapatos de diversas medidas, los pies de Prisca, que, sin ser grandes, á fuerza de andar desnudos se habían ensanchado notablemente, no cabían en ellos. Pero doña Gregoria hallaba salida para todo, y pensó que unas bo-

tinas de su amo, que tenía el pie pequeño, pero no estrecho, vendrían bien á la joven, y, en efecto, se verificó el ensayo con éxito feliz.

Dos horas transcurrieron, seguramente, desde que Prisca entró en la casa, hasta que se dió por efectuada la reintegración de su venusto cuerpo, merced al agua y al jabón, y tuvo fin la prolija tarea de su adorno y compostura.

Prisca, limpia, fresca, olorosa, con una blusa de percal á rayas azules y rojas, una falda de merino azul obscuro y el pelo negro recogido graciosamente con unos claveles, estaba de ver: era otra: ella misma, al mirarse al espejo, no se reconocía.

Del cuarto de baño, doña Gregoria la condujo de nuevo á su habitación, y en la misma mesa, donde dos horas antes se había desayunado, le fué servido un suculento almuerzo, apropiado, naturalmente, á sus gustos, no muy exquisitos y refinados.

El Barón, en tanto, se había levantado á su hora habitual, é informándose con satisfacción de cuanto ocurría,

se vistió y arregló tranquilamente; se hizo servir en su despacho el almuerzo, y éste terminado, doña Gregoria le presentó á Prisca transfigurada.

Valfeliz la vió aparecer con asombro. No dijo como Luis XIV, en ocasión análoga: "*On me l'a gatée*„; al contrario: la encontró mejor, mucho mejor de lo que esperaba. Al verla, se animó su semblante; una sonrisa de íntima complacencia contrajo sus labios finos y sensuales; parecía como si se dijese interiormente: ¡Qué ojo tengo! ¡Y pensar que he descubierto esa perla en el arroyo! Hoy sí que puedo decir con Zorrilla:

"Desde la princesa altiva,
á la que pesca en ruin barca...„

Ella—¡tal es la blanda y flexible condición de las mujeres, y la conciencia que tienen de su hechizo é influjo!—no mostraba la menor extrañeza, como si fuera normal y ordinario lo que le ocurría; y se hallaba á sus anchas en aquella atmósfera de estufa, y en aquel relativo lujo que la rodeaba.

Doña Gregoria se retiró, y el Barón

se quedó, en el misterio de la soledad, con la perla del arroyo.

No creo que entre ellos hubiese divergencia alguna, ni que nada turbase las dulces emociones de aquella gustosa y apacible siesta. La muchacha no era áspera ni desdeñosa, y él, Don Juan de segundo orden, estaba acostumbrado á tratar con hembras de la ínfima clase, objeto, generalmente, de sus fáciles conquistas.

Dejemos, pues, á la feliz pareja olvidarse de los rigores y tristezas de la vida, en la dicha fugaz de su amorosa embriaguez, y volvamos á la taberna, donde el alcohol y el denso humo de la inmunda pipa iban atenuando más y más la corta luz de aquel cerebro, ya de por sí limitado y estrecho.

Cuando Giuseppe estaba apurando su plato de callos y las últimas escurriduras de la botella, entró Ulpiano en la taberna, y fué casualmente á sentarse á una mesa inmediata á la que el piamontés ocupaba.

Ulpiano pidió un vaso de Arganda y se puso á liar un cigarro. Después de encenderlo, y con el vaso delante, miró

á su vecino, en el cual hasta entonces no había reparado. Al notar su extraña catadura, se fijó más en él, y

—Este hombre—dijo para sí—lo he visto en alguna parte.

Giuseppe, que advirtió que lo observaban,

—¿Qué *cosa guardate?*—preguntó, olvidándose de que estaba en España.

—Pues es claro: ya me decía yo, que le conocía. Usted es el hombre del mono. Hace tres días, que lo estuve viendo trabajar en la plaza de Bilbao; ¡y poco que me reí con el baile de la muchacha y el bicho!... ¿Pero hoy no trabaja usted?

—Hoy no trabajo—contestó Giuseppe con su especial acento.

—Y la muchacha, ¿qué se ha hecho?

Con la familiaridad que en seguida se establece entre la gente ordinaria, Giuseppe le contó, aunque presentando las cosas del modo menos molesto para sí, como queriendo todavía convencerse de lo infundado de sus recelos, lo que acontecía: reducido todo ello, á que un señor artista, el Barón de Valfeliz, había querido sacar su fo-

tografía, y él la había traído con ese objeto á la casa de dicho señor. Después, para matar el tiempo, había entrado en la taberna á echar un trago, y esperaba desde allí verla salir para juntarse con ella.

Al oir el relato, Ulpiano lo comprendió todo. La golfa que había recibido su señor, y que doña Gregoria había tratado de ocultar á su vista, era la chica del mono. Al muy tunante le dieron unas ganas de reir atroces.

—Conque ¿artista el señor Barón... eh? No están malos cuadros los que pinta...

Giuseppe lo miró de reojo.

—Pues para hacer su fotografía la invitó á ir á su casa.

—Sí, no digo lo contrario... Pero ¿usted tiene algo con esa muchacha? ¿Es su mujer? ¿Su hija, tal vez?...—preguntó cautamente Ulpiano, temeroso de haber metido la pata, como él decía.

—Yo, *niente*...—contestó Giuseppe en la jerga que usaba.—Es una *ragassa* que me acompaña para ganarse la vida, como yo me la gano.

Tranquilizado Ulpiano con esa res-

puesta poco sincera, creyó que ya podía sin inconveniente soltar la lengua, y continuando su indiscreta charla:

—El Barón—dijo—le dará una buena recompensa. Con las mujeres es generoso. Así lo fuera con sus servidores... Quisiera yo ver la fotografía que saque.

—Pero ¿usted conoce al Barón?

—¿Cómo no, si hace dos años que le sirvo? Aventuras como la de la muchacha las tiene todos los días. No he visto ser más antojadizo. Unas por gordas, otras por flacas. Siempre está metido en belenes.

Giuseppe frunció las cejas, se reconcentró en sí mismo y volvió á llenar su pipa.

Aquí hubiese concluido el diálogo, si Ulpiano, que tenía comezón de hablar, no hubiera seguido adelante, sin advertir que su conversación no era grata al italiano.

—Ahora comprendo—prorrumpió—todos los preparativos que tanto me llamaban la atención: un baño de agua de rosas, aceites, pomadas, lujosas prendas de vestir... Eso sí: la mucha-

cha no hará penar al Barón; pero, ya verá usted, saldrá de su casa hecha un brazo de mar.

Giuseppe nada repuso, como si quisiera dar la charla por terminada. Miró el reloj de la taberna, y viendo que era todavía temprano, pidió una copa de aguardiente, y con los ojos siempre puestos en los balcones del entresuelo del Barón, siguió fumando desaforadamente. Los oídos le zumbaban; negras sombras se iban condensando en su obcecado espíritu, como se entenebrece más y más la nube que va á abortar el rayo.

Pasó el tiempo: todavía consumió otra copa de aguardiente. Ya entrada la tarde, notó que abrían uno de los balcones del entresuelo. Aunque en aquella naturaleza tosca y embotada mordían poco las impresiones, el corazón le dió un vuelco. En el balcón aparecieron Valfeliz y Prisca, ésta sonriente y elegantemente vestida.

Giuseppe se apresuró á pagar el consumo que había hecho, y salió de la taberna. Le faltaba aire que respirar; la frente le ardía. Caminaba despacio,

parándose en los quicios de las puertas, para dar tiempo á que Prisca saliese. En su concepto ya no debía tardar



No se equivocaba: á poco salió de la casa con lento y airoso andar, la faz risueña y muy guapa con su nuevo y vistoso traje. Valfeliz se asomó al balcón para verla salir.

Giuseppe, sin que en él reparase nadie, la seguía á corta distancia.

Prisca, cada cinco ó seis pasos, volvía la gentil cabeza para mirar al Barón. Al ir á doblar la esquina, la volvió de nuevo, y de la manera más dulce y expresiva, se llevó la mano á la boca y le arrojó un beso. Giuseppe cayó sobre ella como el huracán. Prisca dió un grito y vino á tierra desplomada. El bárbaro le había hundido su faca en el corazón.



49

THE ALMIGHTY DOLLAR

EL TODOPODEROSO DOLLAR



THE ALMIGHTY DOLLAR

EL TODOPODEROSO DOLLAR

I

¿QUIÉN no ha oído hablar de las rarezas — excentricidades, como hoy se dice al estilo inglés—de los yanquis? Todo el que ha viajado por los Estados Unidos, viene luego ponderando, al par que los progresos y grandezas de aquel pueblo, las extravagancias y genialidades de sus engreídos y vanido-

sos hijos. No han heredado éstos, ó lo han perdido al contacto de otras razas, el temple aristocrático y aire señoril de sus parientes los ingleses; pero sí el *humour*, su manera original de ser y de sentir, su índole utilitaria y práctica, su amor al dinero. Para ellos, ser rico, es antes que todo en el mundo: el *almighty dollar*, su apotegma favorito, revela mejor que nada el espíritu que anima al yanqui. Genio, virtud, valor, belleza, todo cede el paso al Becerro de oro, ante el cual se postra con fervor y columpia el *botafumeiro*.

Que en la patria de Franklin y de Edison, de Prescott y de Longfellow hay hombres de ingenio y de ciencia, ¿quién lo duda? Pero las individualidades, por brillantes que sean, no modifican los rasgos característicos de una sociedad entera, para la cual, ni el brillo de las letras, ni el prestigio de las artes, ni la fama de la erudición y del saber valen tanto como poseer millones. Y en parte no les falta razón. Los aristócratas tronados de Inglaterra y Francia no van á pedir á los sabios y á los hombres de letras la mano de

sus hijas; pero ponen sus títulos y sus pergaminos á los pies de las herederas de los opulentos mineros del Missouri y de la California; de los poderosos tocineros de Chicago, ó de los Cresos del comercio y la industria. "Abonar las tierras„, llamaban en lo antiguo á estos enlaces de nobleza arruinada y plebe enriquecida; que los árboles genealógicos, aunque las ramas se extiendan á las Cruzadas, y aun más allá, al fin vienen á tierra, secos y carcomidos, cuando les falta jugo y nutrición.

Todavía entre nosotros, siempre tan románticos, hay quien llama al dinero el vil metal. Y no es de ahora ese desapego literario al lujo y la riqueza. Sin citar á Horacio ni á Séneca el filósofo, y tomando las cosas desde más cerca, y en nuestra propia casa, recuerdo que uno de los Argensola se encara muy enfadado con el oro, al cual imputa las mayores abominaciones:

"En el oro mezclaban el veneno
Los tiranos de Grecia y de Sicilia
Siempre el barro corrió inocente y bueno.„

El mismo Zorrilla, nuestro gran poeta, á quien la falta de recursos hizo á

veces difícil la vida, exclama enardecido por el estro:

"Vivir como el mendigo
Por morir como Píndaro y Homero."

Aún tengo presente lo que en cierta ocasión me decía el inolvidable conversador *(causeur* dirían los franceses) Miguel de los Santos Álvarez, que nunca anduvo sobrado de metales preciosos: "Si quiere usted ver lo poco que el dinero vale, fíjese usted en los que lo poseen."

No contradije á mi paradójico amigo; pero, en mis adentros, evoqué la memoria de algunos ricos de la antigüedad y de los tiempos modernos, y, francamente, no me pude convencer de que fueran inferiores en virtud, en talento ó en valor á los desprovistos de bienes de fortuna. Sea como quiera, no proponiéndome escribir un discurso moral sobre tema tan manoseado, sino aportar un ejemplo vivo de la fe del yanqui en el *almighty dollar*, aunque se engañe á veces al extremar su influjo, voy á mi objeto, refiriendo un caso original y extraño, que ocurrió

en París poco antes de la guerra franco-prusiana. El hecho llamó por entonces bastante la atención, y fué la comidilla de tertulias y casinos, si bien, muy luego, preocupados los ánimos con sucesos más graves, quedó olvidado en las gacetillas de los periódicos, ó en la cartera de algún curioso, como en la mía, por ejemplo, de donde hoy lo tomo para contárselo á mis lectores.

Además del *Jockey-Club* y *La Unión*, que eran, cuando yo residía en París (y creo que siguen siéndolo), los círculos más aristocráticos y de más difícil acceso, otros había menos exclusivistas, donde sin gran esfuerzo era factible penetrar. Y es de advertir, que no pocas notabilidades de la elegancia y del *sport*, que se daban tono por formar parte de los primeros, pertenecían igualmente á los segundos, adonde concurrían con mayor frecuencia y asiduidad. Y ello se explica: estos círculos, que podríamos llamar de segundo orden, no reunían, acaso, gente tan selecta y encopetada; pero, seguramente, eran más divertidos. Juntábase en ellos

una sociedad varia y cosmopolita, en que estaban representadas todas las clases: artistas, literatos, políticos, diplomáticos, negociantes, hombres de mundo y jóvenes de familias bien acomodadas. Algunos de esos centros gozan, además, la ventaja de la privilegiada situación que ocupan, como el de la *Rue Royale*, ó el de los Campos Elíseos, y el atractivo de la tolerancia con que en ellos se juega á los prohibidos.

Asistentes habituales á uno de esos círculos, tan abigarrados y al par tan amenos, eran un yanqui muy opulento y un caballero francés muy distinguido y de rancia estirpe. Había venido á París, el primero, á disfrutar, con más ó menos gusto y delicadeza, de los placeres y encantos de la gran Metrópoli, y á derramar por todas partes su dinero.

A pesar de su oro, no logró meter la cabeza en el *Jockey-Club*, y después de varias tentativas frustradas, se había tenido que contentar con recibirse de socio en círculo más modesto, si bien, en punto á lujo y buena situación,

nada tuviese que envidiar á aquel centro aristocrático.

Llamábase el americano, ó á lo menos lo ponía en sus tarjetas, Mr. Francis Madison. Su presencia no era mala. Representaba unos treinta y cinco años. Era alto, bien constituido, aunque algo grueso; blanco muy sonrosado, y rubio de matiz rojo. Llevaba toda la barba, y vestía, más que con elegancia, con lujo, ostentando siempre perlas y piedras preciosas en camisas y corbatas. Aunque de buen parecer, era poco simpático; veíase en él al hombre vano y engreído. En su boca, fina y levemente contraída, estaba como estereotipada una sonrisita de desprecio y befa; y en toda su persona notábase cierta tiesura, incompatible con la distinción y naturalidad del verdadero elegante.

El caballero francés era hombre de otra especie. Noble de antigua alcurnia, sus abuelos habían pagado el 93 su tributo de sangre á la guillotina y luchado con heroísmo en la Vandea; y aunque los bienes de esta ilustre familia habían sufrido confiscaciones y

despojos, después de vicisitudes varias, todavía su último descendiente era poseedor de las tierras de Montsalví, que le producían unos setenta mil francos de renta anual; una bicoca en comparación del pingüe caudal del presuntuoso americano.

En punto á edad, ambos representaban la misma. No era, á la verdad, el francés tan alto, tan fresco, tan vistoso; pero su porte era más señoril, sus modales más finos, su expresión más serena y su mirada más profunda é inteligente. Figuraba entre los miembros del *Jockey-Club*, y, tanto en éste como en el círculo de que era consocio con el americano, estaba inscrito con el título de Marqués de Montsalví, que llevaba con suprema distinción.

El Marqués y Mr. Madison habían tenido ya en el club, que ambos frecuentaban, varios rozamientos. La manera de ser ruda y algo plebeya del uno y la perfecta corrección y delicadeza del otro, no era fácil que armonizasen ni se acoplaran. El Marqués eludía el trato del yanqui. No había habido entre ellos ningún choque, y, aun-

que fríamente, se saludaban todavía al encontrarse; pero era para todos evidente, que el francés y el americano se miraban con profunda animadversión. Ya hemos dicho, que Mr. Madison había tratado con grande empeño de penetrar en el *Jockey-Club,* y como en dos votaciones, efectuadas en el espacio de seis meses, había sido rechazado casi por unanimidad, suponía, y no le faltaba razón, que el voto del Marqués le había sido adverso. De este agravio, si tal puede llamarse, y de otras pequeñas causas y azares, habíase ido formando en sus corazones un sentimiento de antipatía y repulsión, que en las superficiales relaciones á que les obligaba ser socios del mismo Club, apenas podían disimular.

En vano Montsalví, sin faltar á la cortesía, procuraba evitar al yanqui; éste, con la impertinencia propia de su carácter, hacíase á menudo el encontradizo, y aunque no ofendiera al Marqués de palabra ni de obra, lo provocaba casi, con la mirada, el gesto, la sonrisa despreciativa impresa en sus labios.

Por desgracia, Mr. Madison, en un salón diplomático había sido presentado por su ministro á una señorita de la aristocracia, Ana de La Ferté, de quien, hacía tiempo, hallábase el Marqués prendado, si bien en sus obsequios no rebasase ciertos límites de prudente galantería; pues en Francia, los noviazgos que por acá se usan, ni se admiten, ni se comprenden. Cuando un caballero requiere de amores á una señorita, es porque está resuelto á pedir su mano; si no, pronto la familia de la doncella lo llama á capítulo, y no hay remedio, es forzoso herrar ó quitar el banco. Mas sea como quiera, el Marqués, sin comprometerse demasiado, demostraba á la bella su amor en cuantas ocasiones se le ofrecían.

El yanqui, no sólo se hizo presentar á dicha señorita, sino que embelesado con sus hechizos, le pidió además, y obtuvo, un vals, que bailaron juntos, y en el que se mostró muy derretido galán, si bien poco experto en el arte de Terpsícore.

Como Mr. Madison no había logrado, á pesar de su oro, introducirse en

ciertos salones aristocráticos, donde hay poca benevolencia hacia los *rastaqouères*, como burlescamente llaman en París á los americanos del Norte y del Sur, sólo veía á la señorita de La Ferté de tarde en tarde, en el Bosque, en la Grande Opera ó en alguna fiesta internacional, celebrada en los ministerios ó en las embajadas. En cambio Montsalví, con franco acceso en las moradas del noble *faubourg* y en todas partes, tenía muchas más ocasiones de verla y de tratarla. Y no necesitaba, á la verdad, de tal ventaja para ser preferido: entre el compatriota linajudo y el yanqui advenedizo, la noble doncella no hubiera vacilado un momento; sobre todo, no siendo pobre el Marqués, aunque no tan opulento como Mr. Madison. Pero las cosas no estaban todavía bastante adelantadas, y no había llegado el caso de tener que elegir. Entre tanto el yanqui, en su hiperbólica vanidad, se creía digno de todo, y no se hallaba dispuesto á ceder el paso á nadie. Esta fatal coincidencia de gustos fué otro elemento sordo de discordia, y tal vez causa principal

de la tirantez de relaciones en que se hallaban, cuando un acaso imprevisto hizo, al fin, saltar la cuerda.

II

Era un magnífico día del mes de Mayo. En ciertas vías de París, y particularmente en los Campos Elíseos, y en la gran *avenida* del Arco de la Estrella al Bosque, notábase animación extraordinaria, inusitado movimiento de coches. Seguramente no había quedado vehículo alguno, con tal de que rodar pudiese, relegado en las cocheras de la inmensa ciudad. Para formarse una idea, aunque sólo aproximada y deficiente, de lo que es París en día de carreras, hay que pensar en la calle de Alcalá de nuestro Madrid el día de la corrida extraordinaria de Beneficencia. Aquí donde sólo conocemos, en lo que á la fiesta típica se re-

fiere, el tristón espectáculo, sin color ni calor nacional, con que unas cuantas veces al año nos brinda el desanimado



hipódromo de la Castellana, podemos apenas concebir el cuadro grandioso, sugestivo, deslumbrador, de una tarde de carreras, con el sol de Mayo, en el Bosque de Bolonia. Hay que ver el lujo y la riqueza de los trenes, la caprichosa elegancia de las señoras, la alegría, el bullicio, el entusiasmo con que todo París toma parte en la reñida contienda, en que cada *jockey* hace lo imposible, para que su caballo toque antes la meta y alcance la victoria. La emoción es honda y

verdadera. Para los dueños de los caballos el valor material de los premios, que con tanto afán se disputan, suele ser lo de menos; lo de más es el crédito, el prestigio de las caballerizas y las sumas considerables que aventuran en las apuestas. A la mayoría de los espectadores tales motivos interesan poco; pero no les apasiona menos la lucha, por el juego de azar en que la convierten, tomando parte en los agios y combinaciones de los *bookmakers*, cuando no en particulares apuestas de individuo á individuo.

Pero no es todo el ansia de lucro ó el recelo de la pérdida. En aquella abigarrada multitud hay no pocos á quienes mueven otros impulsos, ó no llevan determinado objeto; los que van sólo por gozar del espectáculo; las damas á quienes, más que nada, preocupa el deseo de lucir sus prendidos y ostentar sus galas; los enamorados que hallan entre el bullicio de la gente ocasión favorable de verse y hablarse. También hay, elemento muy principal de tales fiestas, las que llaman hoy nuestros vecinos *horizontales* y ayer llamaban

biches; damas de *doublé*, que otra mira no tienen que deslumbrar, escandalizar, poner la ceniza en la frente con su lujo desenfrenado á las señoras del gran mundo. Y son de ver los *lunches,* ó meriendas, para decirlo á la española, que se hacen servir en sus carruajes, al aire libre; en las cuales, con exhibición de plata y vajilla, se consumen los más selectos manjares, y el *Château Lafitte,* y el *Champagne* de las marcas más famosas, fluyen como si fueran agua. De esta prodigalidad y magnificencia, el toque no está en el propio regalo, ni en el obsequio á los amigos, sino en el alarde, en la ostentación, en que el público vea y admire; en *épater le bourgeois,* como dicen en París.

Durante el intermedio de la primera á la segunda parte del programa se paseaba, en el espacio comprendido entre la tribuna del *Jockey-Club* y la cuerda de la pista, la señorita de La Ferté con su madre; ambas elegantemente vestidas, y la primera verdaderamente encantadora con su sombrero de anchas alas, adornado de espigas y amapolas,

su vestido de fular de tonos claros, ceñido al talle con una ancha cinta encarnada, y en la mano una primorosa sombrilla de encaje de Chantilly y mango cincelado de coral rosa. Cuan-



tos pasaban á su lado la contemplaban con admiración. El Marqués de Montsalví y otro señor de aspecto grave las acompañaban. Éste hablaba con la mamá, el Marqués con la hija. En una

de las vueltas—¡Ah!—exclamó la joven mirándose las manos—se me ha caído el pañuelo.—Volvió la cabeza el Marqués y, en efecto, á pocos pasos yacía en el suelo la preciosa prenda, y corrió á recogerla; pero se encontró frente á frente con Mr. Madison, que se adelantó á su vez, y con una osadía increíble, al bajarse el Marqués á coger el pañuelo, le puso encima el pie para impedirlo. El Marqués, que era fuerte, y que, si bien menos corpulento que el americano, tenía músculos de acero, lo separó de un empellón, que le hizo titubear como si se hallase ebrio, y levantó con fría calma el leve y blanco lino, guarnecido de encaje, algo ajado por la contienda.

El yanqui, descompuesta la faz, los ojos centellantes y el bastón enarbolado, se fué al Marqués. Amigos de ambos se interpusieron, y Mr. Madison, haciendo del bastón arma arrojadiza, lo lanzó con furia á la cabeza de Montsalví, al que rozó levemente. El Marqués dijo en voz baja algunas palabras á un su amigo, y retirándose del grupo, llevó el pañuelo á su dueña, la seño-

rita de La Ferté, que con gran inquietud había contemplado la desagradable escena.

Tan imprevisto lance fué el resto de la tarde tema obligado de conversación, particularmente para los que no tenían comprometido su dinero en los azares y vicisitudes de la lucha hípica, pues para éstos nada podía tener importancia, que no fuese la ganancia ó la pérdida.

Ya habrá comprendido el lector, que la cuestión suscitada por el pañuelo de la señorita de La Ferté no iba á quedar muerta en el *turf* del Hipódromo. Ni la dignidad del Marqués ni el orgullo del yanqui podían consentirlo. ¡Pobres de ellos, si se hubieran mutuamente perdonado y tendido fraternalmente los brazos! ¿A qué burlas no se habrían expuesto, ni qué club de aristócratas y *sportsmen* los hubiese admitido en su seno? Las leyes del honor exigían que la cuestión se ventilase con las armas en la mano, y seguramente á ninguno de los interesados ocurrió siquiera la idea de que el asunto tuviese otra compostura que no fue-

se un duelo. Es más: dado el odio que en sus pechos ardía, no digo yo que cada cual desease, precisamente, matar á su adversario; pero sí infligirle tan duro castigo, que no lo olvidara en el resto de sus días.

El Marqués nombró, como padrinos, á un amigo suyo y compañero del *Jockey-Club*, el Conde de Bonneville, y á un pariente muy querido, Gastón de Valneuf, distinguido Oficial de Artillería. Sólo dos encargos les hizo: que si creían, como parecía justo, que á él, siendo el ofendido, correspondiese la elección de armas, propusieran desde luego la espada, que era el arma verdadera de los caballeros, y pusiesen por condición, que el duelo no pudiera terminar, sin que uno de los contendientes quedase fuera de combate.

Mr. Madison, por su parte, confió su honor á un agregado militar de la Legación americana, Mr. Morris, y á otro compatriota, joven de poco seso, hijo de un famoso médico dental, ya retirado, que enriquecido en su profesión, se había quedado, como tantos otros extranjeros, residiendo en París, la

ciudad de todo el mundo. Las recomendaciones de Mr. Madison á dichos sujetos eran, que correspondiéndole la elección de armas, propusiesen el revólver de cinco tiros á veinte pasos de distancia, y la precisa condición de que los adversarios pudiesen disparar marchando el uno contra el otro. La lucha no cesaría hasta que se apurasen los tiros, ó cayese herido, sin poder continuar, uno de los combatientes.

III

A las diez de la noche, los cuatro padrinos estaban reunidos en un gabinete del Club para concertar las condiciones del duelo. El primer punto de que se trató fué el importantísimo de la elección de armas. Los padrinos de Montsalví sostuvieron que, en conciencia, y según los hechos habían pasado y los referían testigos imparciales, aje-

nos á todo interés en el asunto, el ofendido lo era el Marqués, puesto que cuando acudió, como hombre cortés y bien nacido, á recoger el pañuelo de la dama, Mr. Madison le puso encima el pie para estorbarlo. ¿Qué más ofensa?

—Es verdad—contestaban los contrarios;—pero poner los pies en un pañuelo que yace en tierra, no es poner las manos sobre una persona, y lo grave del caso comienza en el descomunal empellón que el Marqués dió á Mr. Madison.—A lo cual replicaban los primeros que, sin separar la pierna de Mr. Madison, no era posible levantar el pañuelo, y que para el Marqués no había absolutamente otra manera de cumplir con lo que demandaban de consuno la buena educación y la más vulgar cortesía; que sujetar con el pie el pañuelo en aquel momento era un acto incalificable, una verdadera provocación. A este tenor, la discusión fué larga y empeñada, terciando todos en ella, y diluyendo y repitiendo cien veces los mismos argumentos, sin llegar á entenderse. El Conde de Bonneville,

que era hombre práctico y á quien los otros miraban con cierto respeto, propúsoles entonces, no habiendo manera de llegar á un acuerdo sobre aquel punto, y siendo la misión de ellos concertar un duelo lo más pronto posible, que se echase á la suerte la elección de armas. Así se admitió por todos. Y antes de seguir adelante, se pidieron dos cubiletes y los dados, quedando convenidos en que el derecho á la elección correspondiera al que sacase el número más alto.

Después de los miramientos de pura cortesía, queriendo cederse los unos á los otros la vez, empezaron los yanquis. Mr. Morris, el agregado militar, cogió un cubilete, echó en él los dados, los revolvió y al arrojarlos sobre el tapete resultó el número 9. En seguida Monsieur de Valneuf, por la parte contraria, verificó la misma operación, y el número que sacó fué el 7. No había, pues, duda. Los yanquis tenían la elección de armas. Pero al proponer el más joven, el hijo del rico dentista, con harta ligereza, el revólver, cumpliendo el encargo de Mr. Madison, los fran-

ceses rechazaron, desde luego, la idea. Las armas usadas en los duelos eran la espada y la pistola: el revólver no pasaba por arma de combate y no se podía admitir. La misión de los padrinos no era dar carácter de ferocidad á los encuentros, aumentando las probabilidades de una desgracia, sino salvar el honor de sus patrocinados con el menor riesgo y el menor sacrificio posible. Los yanquis comprendieron el fundamento de estas razones, y se convino en que el arma fuese la pistola de tiro.

Como las ofensas eran grandes, vivo y ardiente el rencor de los adversarios, las condiciones tenían que ser duras, sin que la humanidad ó el cariño lo pudiesen evitar. En consecuencia, acordaron los padrinos que los combatientes, á la distancia de veinte pasos, cambiaran, al mando, dos balas. Si ninguno hiciera blanco en su adversario, ó de hallarse alguno herido, en opinión de los médicos pudiese continuar el combate, se volvería á cargar las pistolas, y á la señal convenida, marchando al mismo tiempo uno contra

otro, cada cual dispararía su arma en el punto que eligiese, desde su puesto hasta el promedio de la distancia, que ninguno podría rebasar. Cualesquiera que fuesen las consecuencias, después de esta terrible prueba, se daría el lance por terminado. Con tales condiciones era más que probable, que uno de los contendientes, si no los dos, quedase sobre el terreno. El duelo iba, pues, á revestir carácter de suma gravedad.

Como el escándalo del Hipódromo fué grande y se trataba de dos personas muy conocidas, la policía dió pasos y tomó medidas para intervenir en el asunto, y el Marqués y Mr. Madison fueron estrechamente vigilados. Los padrinos se convencieron de que en cualquier paraje que eligiesen de los alrededores de París serían sorprendidos y el duelo no podría llevarse á efecto. Entonces se pensó en el jardín de una casa particular. Un amigo del Marqués puso á su disposición una magnífica *villa* que poseía entre Versalles y Saint-Cloud, y puestos de acuerdo los padrinos, á distintas horas y por diferentes vías, se encaminaron

con los contendientes á dicha finca de recreo. A las ocho de la mañana, los adversarios, sus cuatro padrinos y dos galenos, con el material bélico y de sanidad que requieren tales conflictos, se reunieron en el jardín, que era muy hermoso y con amplitudes de parque, formando dos grupos. Los de uno y otro bando se saludaron ceremoniosamente. Los adversarios, correctamente vestidos de levita negra abrochada y sombrero de copa, se quedaron á cierta distancia el uno del otro. En medio del espacio que los separaba, se reunieron los padrinos á deliberar. Los médicos, á un lado, hablaban entre sí á media voz, embarazadas las manos con sus estuches y botiquines.

La deliberación de los padrinos sólo duró breves momentos, y todos, volviéndose á separar en dos grupos, se dirigieron á una hermosa alameda que, por su anchura y lo nivelado del terreno, era el sitio más á propósito para la función semibárbara, semicaballeresca, que se iba á verificar. Se midió y señaló el espacio convenido de los veinte pasos; se promedió la distancia,

trazando una línea divisoria; y aunque las extremidades del terreno marcado eran de iguales condiciones, se echó á la suerte el lado que cada contendiente debía ocupar. Como el duelo era á pistola y los adversarios cada cual traía las suyas en elegante caja, también decidió la suerte cuáles se debían emplear. ¡Cosa extraña! Siempre el azar de la fortuna favorecía al yanqui. Este tomó puesto en la extremidad que le pareció mejor del espacio marcado: enfrente se colocó el Marqués. A un lado y á distancia igual de los dos adversarios se agruparon los padrinos. Los médicos se posesionaron de un banco rústico, donde depusieron su material curativo.

Se abrió la caja que contenía las pistolas de Mr. Madison, se reconocieron escrupulosamente y se les puso la carga normal. En seguida fué entregada á cada contendiente la suya, el cual, empuñándola, se perfiló para ofrecer menos blanco, y encogiendo el brazo sobre el cuerpo, se cubrió con ella.

—Prepárense—gritó el Conde de Bonneville, encargado de llevar la voz por

sus compañeros; y dejando apenas tiempo á los contendientes de armar sus pistolas, continuó:—Una, dos, tres, ¡fuego!

El yanqui y el Marqués, serenos y con pulso firme, dispararon simultáneamente sus armas, sin que, por fortuna, ninguno de ellos resultase herido. Conforme estaba concertado, cargáronse de nuevo las pistolas y se entregó á cada adversario la suya. En este segundo trance, el riesgo de una catástrofe era inminente. Como sabe el lector, á la señal convenida debían marchar el uno hacia el otro, pudiendo disparar el arma en cualquier punto, desde sus respectivos puestos hasta la línea que promediaba el espacio del combate.

—Una, dos, tres, ¡adelante!-gritó esta vez el Conde.—Y ambos partieron como impulsados por el mismo resorte. Más que de valor, era ya cuestión de nervios y de temperamento. El yanqui, á los cinco ó seis pasos, y cuando apenas se hallaba á la distancia de siete ú ocho de su adversario, disparó su pistola. La bala se llevó un mechón de

pelo de Montsalví, sin rozarle siquiera la epidermis. El Marqués estaba admirable, sintió el aire del proyectil en la sien; pero firme, tranquilo, con la cabeza erguida y el arma en la mano, siguió andando hacia la raya divisoria. Los padrinos y los médicos lo miraban con la boca abierta, esperando temerosos el desenlace. Al ir á tocar la línea hizo un movimiento con la pistola. En el instante mismo, el yanqui alargó el brazo con la mano tendida, y sin titubear, con voz entera, ex-



clamó: —Una palabra... —El Marqués se puso en guardia, mirando á Mr. Madison.—No trato de mermar vuestro derecho; mas siendo, como sois, dueño de la bala de vuestra pistola, yo os la compro... 20.000 dollars... 40.000 doy por ella... ¿Aceptáis?

El Marqués se sonrió; los padrinos avanzaron con estupefacción. No habían visto nada parecido en los días de su existencia.

—No os entiendo—dijo Mantsalví, sin dejar la guardia.

—Es muy sencillo: un buen negocio. Os doy por el tiro la indicada suma, y queda terminada la cuestión.

Los padrinos se miraron unos á otros. De tirar Montsalví, una desgracia hubiera sido inevitable. Los franceses protestaban contra tan extravagante solución. ¿Cómo, en un lance de honor, nadie que se preciase de caballero, iba por una suma de metálico á perdonar la vida á su adversario? Hubo un momento de perplejidad y confusión; mas al punto renació el silencio. Todos estaban pendientes de lo que iba á decir ó hacer el Marqués. El

cual irguió la cabeza, miró á su contrario, y le habló así:—Guardaos vuestro dinero. No soy mercader, ni comprendo que se trafique con la vida y el honor. Cuatro pasos nos separan y hubiera podido tirar... pero estáis desarmado: en mi raza no hay asesinos. Desde que disparasteis la pistola, sin lograr herirme, propúseme hacer lo que ahora hago, y ya estaría hecho, si no me hubieseis interrumpido. (Levantó el brazo y disparó al aire.) No lo agradezcáis: no es por vos, es por mí. Mucho puede el dollar; pero no cambiar la índole de un caballero.

Los contendientes se separaron con visible frialdad. Se extendió un acta, en la que, á petición de los yanquis, no se mencionó el incidente promovido por Mr. Madison, realzándose, en cambio, la generosidad del Marqués al tirar al aire, y firmada que fué por los padrinos, los dos grupos se volvieron á París, cada cual por su lado.



ROQUE Y BLAS



ROQUE Y BLAS

Al ilustre Académico de la Española, Sr. Conde de Casa-Valencia, su afectísimo amigo y compañero,

El Autor.

HARÁ cosa de cincuenta años, en Villasana, pueblo importante de la región andaluza, vivían dos muchachos de clase humilde, y casi de la misma edad, trece á quince años. El padre del uno, y el que pasaba por tío del otro (éste era huérfano), habitaban en casas contiguas, y los chicos habían trabado amistad en la calle, donde ju-

gaban con otros al marro y al toro, y en la escuela, donde habían aprendido á leer de corrido, á escribir con mala letra y faltas de ortografía, y á contar, con tal de no salirse de las cuatro sencillas reglas de la Aritmética. Más no habían estudiado. Un vínculo moral, de esos que atan para siempre, unía, además, á los dos muchachos. Traveseando por los alrededores del pueblo, antojóseles un día ir á pescar truchas al río. Roque, de los dos el más endeble, encaramándose por las peñas, adelantóse hasta cierto paraje en que la corriente era recia y el cauce hondo. En el azar de un movimiento desgraciado, se le fueron los pies y cayó al río. No sabía nadar, y hubiera perecido irremisiblemente, si Blas al punto no se arrojara al agua y lo salvara, á riesgo de la propia vida.

Como ya queda dicho, ambos tenían las mismas letras; pero Blas que era más robusto de cuerpo, parecíalo también de entendimiento, y poseía tal vez mayor cultura, si bien ésta no fuese de muy buena ley. Su tío Bernabé, cerrajero de oficio y muy hábil, que ganaba

un buen jornal, estaba subscripto á *La Renovación,* periódico revolucionario que se publicaba en la capital, y el chico le oía leer y comentar las diatrivas del tal diario contra todo lo que fuese autoridad, orden ó fe religiosa: y aun el mismo Blas las leía, cuando estaba desocupado, pues aunque de por sí no era muy laborioso, el tío le obligaba á trabajar diariamente en el taller.

Las máximas de Bernabé, que no parecía bien avenido con su humilde estado, y las deletéreas doctrinas del periódico, fueron depositando en su alma gérmenes de odio y rebeldía, que, andando el tiempo, habían de dar sus frutos, y aun influir decisivamente en los destinos de su existencia.

Bernabé no era oriundo de aquel pueblo: á él llegó viudo, según decía, y con el sobrino (su propio hijo en concepto de algunos), que apenas tendría entonces de ocho á nueve años. Al establecerse en Villasana, contaba con algunos recursos, que pronto se acabaron, y para subsistir, hombre hábil y de ciertos conocimientos, se dedicó al oficio de cerrajero.

Llevaba una vida retraída y obscura. No frecuentaba la taberna; pero tampoco solía vérsele en la iglesia.

A su llegada al pueblo se aventuraron juicios y malévolas suposiciones sobre su persona, conviniendo todos en que debía de ser pájaro de cuenta. Un forastero, hombre de curia, que en cierta ocasión se detuvo unos días en la localidad, aseguró á algún amigo, el cual hubo de repetirlo después, que Bernabé no era un hombre vulgar; que años atrás lo había conocido y visto de cerca en las salas de justicia, por haber figurado en un famoso proceso, del cual salió condenado á trabajos forzosos en uno de los presidios de Africa; y que cumplida la condena, no queriendo volver á Navarra, su país natal, se estableció en Villasana, sin duda por ser allí de todos desconocido.

Pero esos rumores se desvanecieron, apenas se ausentó para no volver más el forastero. Y la verdad es, que nadie tuvo nada que decir de Bernabé, fuera de que era un hombre raro y de pocos amigos. En el pueblo no intimó con

nadie: no se le conocían parientes. Muy de tarde en tarde recibía alguna carta por el correo. En el tiempo á que nos referimos, tendría algo más de sesenta años.

La situación de Roque se diferenciaba mucho de la de su amigo y camarada Blas. Hijo de un maestro de obra prima y de su legítima mujer, sobrina del cura, era un chico de buena índole; y aunque no le entró el latín que el tío quiso enseñarle, sabía algunos rezos litúrgicos de memoria, y lo bastante para ayudar á Misa.

A pesar de los opuestos impulsos que debían llevar á aquellas dos almas por diferentes caminos, la infancia todo lo iguala, y los que de niños se querían y buscaban para sus alegres juegos, siguieron fraternizando de mozalbetes, y gustaban de verse y andar juntos. Pero el tiempo no pasa en balde, y poco á poco fué dando expresión y carácter distinto á aquellas dos figuras. El que ayudaba á Misa en la parroquia, y el que no oía jamás á su tío hablar de religión, recibiendo, por el contrario, enseñanzas que no estaban cier-

tamente informadas por el espíritu evangélico, aunque no riñesen, iban dejando enfriar sus antiguas relaciones; que es imposible estrecha alianza y perfecta cordialidad entre dos personas que sienten y piensan de modo opuesto.

Sea como quiera, es el caso, que la salud de Bernabé empezó á decaer sensiblemente. Se le había abierto una antigua herida; su complexión robusta íbase debilitando, y los galenos de Villasana, en quienes tenía poquísima fe, le recetaron varias drogas sin resultado alguno. El paciente había perdido completamente el apetito; sentía vivos dolores en el hígado y los riñones, y sólo descansaba, embotándose con la morfina. Blas lo cuidaba con afectuoso interés; pero sin esperanza de curación. Bernabé perdía fuerzas de día en día. Algunos compañeros del taller, y Roque, por su antigua amistad con Blas, que alternaban en la asistencia del enfermo, empezaban á temer un triste desenlace.

Una mañana, al amanecer, después de una noche algo tranquila, merced

á las opiatas que propinaban al enfermo, se incorporó éste en el lecho, despidió á un camarada que lo había velado, y á una vecina que le hacía la comida y arreglaba la habitación, y quedándose solo con el sobrino, le dijo: "Tengo que hablarte: acerca la silla y siéntate junto á mí, pues no puedo esforzar la voz. Blas, vas á cumplir veinte años; eres fuerte, y en tu salud, tu astucia y tu audacia—con las ideas que traté siempre de inculcarte—posees medios sobrados para sortear los escollos y no zozobrar y ahogarte en el mar de la vida. No me era posible darte una educación brillante, ni dejarte una fortuna; mas por lo mismo procuré hacer de ti un hombre capaz de bastarse á sí propio. A mí la suerte no me fué propicia. Mi padre, aunque del pueblo, hizo algún dinero y me dió una educación, como si yo fuera á ser príncipe. Un golpe adverso de la suerte le arrebató la vida y la hacienda, y quedé, muy joven aún, huérfano, sin recursos y abandonado á mis propias fuerzas. Al verme pobre, todos me volvieron la espalda. Era hábil, y durante algunos

años, unas veces vencedor y otras vencido, luché á brazo partido con la fortuna. Un falso amigo y mi contraria estrella me perdieron para siempre. Cuando menos lo pensaba, me vi envuelto en la enmarañada madeja de un proceso, y faltándome dinero para convencer á los jueces, fuí á pagar en un presidio la propia necedad y la estupidez ajena. Faltándome paciencia para cinco años de esclavitud en un penal, resolví mi evasión; pero una bala corre más que los pies de un hombre, y caí mal herido, cuando ya estaba fuera del recinto del odioso albergue y próximo á salvarme. Logré al fin mi libertad, rico de experiencia, pero mal de salud y peor de dinero. Mi fibra estaba debilitada, mi cuerpo anémico y decaído. Ya no servía y vine entonces á Villasana, donde no era de nadie conocido, para acabar mis días.„ Aquí hizo una pausa Bernabé para tomar aliento, y á poco continuó: "¿Quién eres tú? Nunca te lo he dicho, pero ahora vas á saberlo. Te llamo mi sobrino y muchos creen que eres mi hijo: ni lo uno ni lo otro. Yo me llamo Ber-

nabé Gil, y tú Blas Zurrón. Tu padre era un compañero de penal, y le costó la vida el auxilio que me prestó en la frustrada evasión. Le prometí recogerte y he cumplido mi palabra. No tengo bienes que legarte con los cuales puedas vivir desahogadamente; pero, á falta de ellos, quisiera dejarte mi conocimiento de los hombres, mi experiencia del mundo, y con esa enseñanza los medios de bandearte y subsistir con el menor esfuerzo posible. Entre los hombres no hay más que una distinción verdadera: unos son ricos y otros pobres. Las demás son ilusorias. Todas las prerogativas y todos los goces son para los primeros; los otros son los desheredados, los miserables, los esclavos. ¿Se pueden remediar esas desigualdades? El que nace en la clase de los siervos, ¿tiene medios de levantarse á la de los señores? ¿Quién lo duda? El ánimo encogido y vulgar nada puede. El que es diestro, ve hondo y desprecia la vida, ese lo puede todo. El toque está en entrar y salir por las mallas del Código sin que le ahoguen á uno los nudos. En el mun-

do, como en las minas, hay que buscar los filones y saber explotarlos. No hay tesoro igual á las pasiones humanas: la codicia, el miedo, la lascivia, la vanidad son veneros inagotables. Fíjate, si no, en la vieja verde, pródiga de su dinero, con quien le finge amor y tiene caricias para sus marchitos despojos; en el tutor que vive á costa del pupilo; en el empleado que sabe sacar oro del expediente; en el que se apodera del ánimo del enfermo y lo sugestiona, para que teste á su favor; en el jugador de ventaja; en el que sorprende un secreto de familia y atemoriza con revelarlo; en el libelista que amenaza con la difamación y el escándalo; en el que inventa empresas y especulaciones y absorbe en ellas el dinero de los incautos; pero, ¿quién puede citar todos los casos, todas las combinaciones á que se prestan las complicadas y múltiples relaciones de la sociedad y los azares de la vida? El buen suceso está en el tacto, en la sagacidad é industria del que trata de beneficiarse de las pasiones, flaquezas y manías de la gente que le rodea. No te digo que sigas esta

ó la otra senda, que te dediques á un ramo determinado, ni que te empeñes en medrar por un camino. Hay que ver fríamente las cosas y dejar correr los sucesos; pero estar á la mira y no perder nunca las ocasiones. Todo es cuestión de tiempo y oportunidad. Cuando expire, coge la llave que llevo colgada al cuello y abre esa alacena que está á la derecha: encontrarás una caja, y dentro de ella un papel que es mi última voluntad. Dispongo en él, que el cura corra con mi entierro, y dejo señalados para todos los gastos diez duros. No quiero aparecer irreligioso, por no perjudicarte. En la misma caja, como lo consigno en dicho papel, hay otra más pequeña, que contiene doce mil reales en oro. Ese dinero lo guardará el patrono, que será tu curador, y á quien encargo no te lo entregue hasta dentro de dos años. Sigue, pues, trabajando en el taller para vivir con tu jornal, y cuando pase el tiempo prescripto y recojas aquella cantidad, libre ya de andadores, haz lo que más te convenga.„

El mozo algo se conmovió; pero era

de naturaleza dura, y Bernabé lo había preparado bien á resistir todo género de impresiones.

Tres ó cuatro días después, al acercarse Blas, muy de mañana, al lecho del enfermo, que parecía dormido, y llamarle para que tomase una cucharada de la pócima prescripta, lo halló muerto.

Todo se hizo conforme á las instrucciones que Bernabé había dejado escritas. El cura corrió con su entierro, sintiendo mucho que no se le hubiese avisado á tiempo, para prestarle los auxilios espirituales. El patrono, que era hombre de garantías, se hizo cargo del dinero, y acompañó al cadáver hasta que se le dió sepultura. Blas pareció triste y abatido, y su amigo Roque, mostrándole su amistad, no se separó de él en algunos días.

Desde la muerte de Bernabé, Blas se hizo algo taciturno y reservado. Siguió habitando un cuarto de la casa en que había hasta entonces vivido, y su patrono por favorecerlo, y también porque, cuando Blas quería, era excelente obrero, le aumentó el jornal.

Durante un año no hubo notable alteración en sus costumbres. Siguió subscripto á *La Renovación*, que había siempre considerado como una especie de evangelio, y aun logró del secretario del Ayuntamiento, que blasonaba de espíritu fuerte, que le prestase algún que otro librejo de mala moral y pésima doctrina.

A Roque le tenía afecto, en cuanto su alma fría y codiciosa podía sentirlo. En cierto modo lo consideraba como hechura suya, pues pensaba, no sin razón, que había renacido de entre sus manos en el cauce del río. Pero le miraba de alto á bajo, como á un infeliz, incapaz de levantarse sobre el vulgo, ni salir jamás de la miserable esfera de pobre oficial de obra prima, que era el oficio de su padre.

Y en efecto, Roque no sentía en su pecho los impulsos de la ambición y de la codicia. Nacido en un pueblo obscuro del interior, y aunque cabeza de partido judicial, de escasas relaciones con el resto de la península; de familia humilde; educado en la escuela municipal y adoctrinado por su tío, el cura

de Villasana; frecuentando la iglesia parroquial, y haciendo á veces de monaguillo en las solemnidades religiosas, su ser interno era enteramente diverso del de su amigo Blas. No le atraía la lectura, y las vulgarísimas personas que le rodeaban en el obrador, ó las que encontraba en el círculo de su tío, no eran á propósito para sugerirle ideas de rebeldía y emancipación. Hallábase, por el contrario, muy bien avenido con su suerte, y sentía verdadero amor á su pueblo, del cual, lo más que se había alejado, en los diez y nueve años que contaba de existencia, era tres ó cuatro leguas.

A medida que el tiempo transcurría, iba Blas perdiendo más y más su afición al trabajo. Eso de estarse todo el día con la lima ó el martillo en la mano, para ganarse la miseria de diez ó doce reales, le parecía indigno de un hombre de sus condiciones. En vano su patrono le aconsejaba y amonestaba: la repugnancia de Blas por el taller era cada día más grande. Se pasaba las horas muertas en un cafetín que daba á la plaza, y donde se recibía un

periódico de Madrid, que publicaba en el folletín las causas célebres, lectura que más que otra alguna le interesaba.

Su patrono le habló claro:—"Si no asistes con asiduidad al taller, me veré obligado á retirarte el jornal: Doce mil reales tengo tuyos. De ellos te daré un par de pesetas diarias para que vivas, y cuando se concluyan, te irás á pedir limosna.„

La reputación de Blas acabó por ser mala en el pueblo. En la casa de vecindad donde se alojaba, diferentes veces se notó la falta de objetos de algún valor, y aún de cantidades de dinero, recayendo en él las sospechas, aunque nada se le pudo probar. Jamás ponía los pies en la iglesia, y se juntaba con lo más perdido de la población. El cura prohibió á su sobrino que se tratara con semejante perdulario.

Llegó en esto una compañía de la legua, para dar en Carnaval algunas funciones, y Blas, entregado completamente á la disipación, y sin freno moral que le contuviese, entabló relaciones con la dama joven, no fea, aunque sin frescura, y á la cual no le hubiese

estado mal aplicada la frase de Quevedo: "Más probada que argumento." Pero lo grave del caso es, que no fué conexión volandera, sin más duración que el corto tiempo que allí permaneciese la compañía. Blas se entendió con los cómicos, y convertido de la noche á la mañana en empresario, amante y actor, resolvió marcharse con ellos á dar funciones por villas y aldeas.

Acaso recapacitó sobre los consejos de Bernabé, grabados en su mente, y creyó llegado el momento de bucear en lo que aquél llamaba revuelto mar de la existencia, donde los hábiles y atrevidos podían y debían vivir á costa de los que lo eran menos. "El toque está—se repetía á sí mismo—en salir y entrar por las mallas del Código sin que aprieten los nudos."

Formada en su ánimo la resolución de partir con los cómicos, se encontraron en la calle por casualidad los dos amigos, que hacía tiempo no se veían. Se dieron la mano cordialmente, y Blas dijo á Roque:

—Te participo, que estoy decidido á

marcharme del pueblo. ¿Qué hago yo aquí? Vejetar. Voy á cumplir veintidós años. El mundo es muy grande. No quiero pasarme la vida soplando en la fragua, ó á vueltas con el martillo y la lima, para ganarme un jornal de diez reales.

—Pero ¿qué vas á hacer?

—Pues es muy sencillo: pedirle al patrono los doce mil reales que tiene míos, é irme por esos mundos á probar fortuna. ¿Por qué no te vienes conmigo?

—Yo no tengo dinero como tú, ni puedo dejar á mi madre viuda, ni á mi tío el cura, que me quiere bien, y hace por mí cuanto puede. Además, carezco de ambición.

—Es verdad. Ya se me había olvidado que Inesilla, la hija de la estanquera, te tiene sorbido el seso. En fin, cada cual tiene su carácter, y nuestras circunstancias no son las mismas. Tú tienes familia, yo soy solo en el mundo.

—Que seas feliz. Ya sabes que aquí te queda, más que un amigo, un hermano.

Se separaron, y ya no se volvieron á ver hasta algunos años después, en triste y doloroso trance.

Blas, empezando á poner su plan en ejecución, acudió á su patrono y le significó sus proyectos. El patrono, que estaba harto de él y que le creía un perdido sin redención posible, le oyó tranquilamente, y contestóle que, por su parte, no había inconveniente alguno; pero que para poner á salvo su responsabilidad le daría su dinero en toda regla, levantando un notario acta del hecho.

Así se verificó, y Blas salió del lugar con los comediantes, caballero en un mal rocín, y formando con ellos el séquito de un carro destartalado, del que tiraban una mula y un borrico, y en el que iban la dama y la característica, empingorotadas sobre cajas y baúles, líos de trastos diversos y grandes rollos de lienzos pintados: material necesario para el arreglo de la escena en poblados y aldeas de pocos recursos. Como el vehículo llevaba bastante carga, y la mula y el burro no eran muy poderosos, apenas había algún repecho

ó atasco en el camino, se apeaban damas y caballeros, y todos á una, ayudaban á las bestias empujando el carro.

Blas, al pronto, se encargó sólo de la parte económica. El se procuraba los locales en que se representaban las comedias; el vendía los billetes, hacía de acomodador, de apunte, y aun acabó por tomar parte activa en la representación.



Pero, á la verdad, la carrera de aventuras á que se había lanzado, sin más preparación que sus lecturas y las enseñanzas de Bernabé, la inauguró con fortuna escasa. De la mayor parte de los pueblos donde actuaba su compañía, sacaba poquísimo prove-

cho. Los que pagaban eran los menos: los más querían el espectáculo de balde. Ello es, que los doce mil reales, como la piel de zapa de Balzac, iban menguando de día en día.

Como "Dios los cría y ellos se juntan„, Blas había encontrado en Dorila —que era el nombre poético que había tomado la dama joven—una coima digna de él, y ambos parecían haberse unido, más que para amarse ó realizar un fin artístico, para engañar, estafar y ayudarse á desplumar á todo infeliz que cayese enredado en sus intrigas y manejos.

II

Blas llevaba más de un año de errar con su compañía por villas y aldeas. El negocio iba mal. Era á mediados de abril. Después de tres ó cuatro horas

de un pesado camino de sierra, llegaron á un pueblo de aspecto alegre, dichoso al parecer, y de los más ricos por sus vinos y aceites. Los vecinos dieron muestras de interesarse mucho por la compañía (y en particular el secretario del Ayuntamiento, que era poeta), le facilitaron excelente local, y además, una araña, velas y quinqués para el alumbrado de las seis ó siete funciones que debían allí celebrarse. Los jóvenes del lugar particularmente, se manifestaron muy entusiastas y obsequiosos con los comediantes, á quienes ofrecieron protección y apoyo. A uno de aquéllos, que la echaba de esparcido, y algo Don Juan, le dió por galantear á Dorila, y al día siguiente de su llegada, que fué el de la primera función, compuesta, según rezaba el cartel, medio impreso, medio manuscrito, de *El Puñal del Godo,* de Zorrilla, y de la pieza andaluza *Paca la Salada,* al terminar esta última, Liborio, que así se llamaba el joven aludido, presentó una corona de mirto y laurel á Dorila, entre los aplausos de la concurrencia.

Terminada la función, los mozos trajeron polvorones, bizcochos y unas botellas del mejor néctar del país, y se prolongó el regodeo hasta las dos de la madrugada.



Cuando se hallaron solos en el cuarto del mesón, donde se habían alojado, Dorila dijo á Blas:

—¿No has reparado á ese mozo, llamado Liborio, que no me ha quitado los ojos de encima en toda la noche?

—Ya lo he notado.

—Parece que es muy rico.

—Pues, mira, creo que debemos hacerle pagar su afición al teatro.

—Lo mismo he pensado yo.

—Engatúsalo, á ver si le sacamos tres ó cuatro mil reales. Buena falta nos hacen. Sólo un ingreso extraordinario puede alejar la quiebra de la Compañía.

Al día siguiente, mientras Blas y los otros comediantes se estuvieron ocupando en el arreglo de la escena, para las dos nuevas piezas del repertorio, que por la noche tocaba representar, Dorila, con pretexto de una fuerte jaqueca, se quedó en la posada. Cuando, luego que todo lo dejó convenientemente dispuesto, Blas se juntó con ella, le dijo cínicamente:

—¿Qué hay del amigo?

—¿Qué hay? que vino á la posada. Hablamos un rato, y esta noche, al subir al tablado á ofrecerme una corona, después de la representación del

sainete, me pondrá en la mano, bajo un sobre, un billete de quinientas pesetas.

—Eso no basta: su padre es muy rico y él un tontaina. Hay que sacarles más. El echarla de conquistador ha de costarle monises. Tú pasas por mi mujer. Dale cita para mañana, á la hora en que estaré disponiendo la escena para la función de la noche. Le recibes, le pintas mi carácter cruel y violento, y á lo mejor llego yo; hallo el cuarto cerrado; finjo furia de celos; golpeo la puerta, y, en tanto, le das salida por la ventana, que apenas está á una vara del patio, cuidando de que, en la huida, deje en tu poder alguna prenda. Entonces me abres, y yo entro en la habitación, mientras él gana la calle.

El programa se efectuó en todas sus partes.

La víspera, en la función de la noche, que estuvo muy animada, Liborio entregó con disimulo á Dorila, bajo un sobre, las quinientas pesetas (en que consistían todos sus ahorros). Se mostró muy apasionado, y ella muy tierna,

aunque al mismo tiempo recelosa de que Blas, que era una fiera, sospechase algo, pues entonces estaban perdidos. Con todo, le dió cita para el día siguiente á la hora oportuna.

Liborio no dejó de responder al envite; pero, á la verdad, el pobrecillo se presentó algo azorado. Ella procuró serenarle, diciéndole, que á aquellas horas nada había que temer; que su tía (la característica) estaba á la mira y les avisaría con tiempo, si veía venir á Blas. El caso fué, que no haría media hora que se hallaban juntos, cuando se oyó la voz bronca de Blas, que trataba de abrir la puerta del cuarto. Al notar que estaba echado el cerrojo, como un nombre enfurecido por los celos, empezó á soltar palabras soeces y hasta amenazas de muerte. Ella, que tenía bien estudiado el papel, se manifestó poseída de terror, abrió con presteza la ventana que, como hemos dicho, apenas estaba á una vara del piso del patio, y por ella salió precipitadamente y en actitud poco airosa el cuitado mancebo. Corrió por el pueblo la noticia del lance. Se abultaron las cosas y

hasta se habló de un desafío á muerte. El padre de Liborio, que amaba con pasión á su hijo único, trató, como era natural, de arreglar el asunto, y llamó á su casa á la característica, la supuesta tía de Dorila, con la cual tuvo el siguiente coloquio:

—La he llamado á usted, porque me parece la persona más juiciosa y respetable de la compañía. Ya ha visto lo que ha pasado. Liborio jura y perjura, que solamente fué al mesón para echar un párrafo con ustedes; que no encontró más que á Dorila, y entró amistosamente en su habitación, sin otro fin que charlar un rato. Como el picaporte no ajustaba, y á cada paso se abría la puerta, sin malicia alguna dió media vuelta á la llave, y apenas si estuvieron encerrados cinco minutos. Yo, francamente, por el bien de todos, debo procurar que el lance, insignificante en sí, no tome cuerpo, y evitar una desgracia.

—Mire usted—dijo la característica—yo conozco á Blas. Lo que hay en él que temer es un pronto. El pobrecillo está exasperado por unas deudas que

ha tenido que contraer para el sostenimiento de la compañía, y por cualquier cosa se arrebata y sale de sus casillas. Además está enamorado de su mujer hasta los tuétanos, y los dedos se le antojan huéspedes. Yo trabajaré por disuadirlo de sus celos. Que eso que usted me ha dicho, Liborio lo declare en un papel... y... vamos, hágale usted á Blas alguna expresión, para que vea su buena voluntad, y pueda bandearse mientras vienen tiempos mejores. Con mil pesetas, por ejemplo, que usted le diese, en lugar de enemigos que tratan de ofenderle, vería en ustedes verdaderos protectores, y todo podría arreglarse.

El padre de Liborio, aunque poco dadivoso, no vaciló en comprar su tranquilidad y la seguridad personal de su hijo con la relativamente pequeña suma de mil pesetas. La cuestión quedó zanjada á satisfacción de todos. Y habiendo el Alcalde, que temió un momento ver turbada la paz del Municipio, dado la orden á los cómicos de abandonarlo cuanto antes, en alegre caravana, y con seis mil reales de mo-

mio en el bolsillo, á más de lo que había ganado en buena ley con la representación de las comedias, salió Blas del pueblo con su farándula, y por campos llenos de luz y tapizados de flores, se encaminó á otro punto de la región andaluza.

No desempeñó Blas mucho tiempo el papel de empresario y director de la compañía. Sus aspiraciones rayaban más alto. Se había vuelto taciturno y caviloso: siempre con la obsesión de hallar la fortuna á costa de los demás. El ser rico era sencillamente cuestión de habilidad: todo consistía en que el dinero del bolsillo ajeno pasase al propio, sin quedar uno incurso en la nota de ladrón, ni tener para qué mezclarse en ello jueces y escribanos. Pero ¿á qué ramo especial y concreto dedicarse? ¿Al cultivo del amor? Feas y viejas ricas no faltaban; pero había que tener figura grata, un nombre que no disonase, prendas personales de que él carecía. ¿A los juegos de azar? Con la ruleta y los naipes se podían obrar milagros en ferias y festejos populares, ayudando un buen compinche. ¿A la

invención de fantásticas empresas y falsos valores? ¿Al timo, en fin, y la estafa, en sus múltiples formas? *A priori* no era posible determinar nada. Había que tantear el terreno, mezclarse al tráfago de los negocios humanos, dejarse enredar en los enmarañados hilos de las complicadas relaciones sociales, sortear los peligros, aprovecharse de las circunstancias propicias, dejar pasar las adversas: á todo evento reservarse una salida, y ya por la audacia, ya por el engaño, ya por la astucia, quedar siempre á flote, dejando á los demás el papel de víctimas.

Mas, para realizar algo siquiera de tan ambiciosos planes, lo primero era salir del círculo vicioso en que estaba metido; dar de mano á la compañía de la legua, que apenas si le aseguraba trabajosamente el pan de cada día. Érale forzoso, además, cambiar de nombre—¿quién iba á hacer caso á Blas Zurrón?—y fingir un estado civil que le diese cierta importancia, y en vez de arrastrar una vida miserable, rodando por lugares y aldeas, sentar

sus reales en Madrid, presentándose como una persona de viso.

Para tal proyecto no disponía, ciertamente, de muchos recursos. Con lo que tenía ahorrado y apropiándose, como pensaba hacerlo, algunas cantidades de los cómicos, de que era depositario, podría reunir, á lo sumo, unas dos mil pesetas. No era esto bastante para establecerse en Madrid. De todos modos, resolvió cambiar de vida y tomar otros derroteros.

No participó á nadie sus proyectos, y cuando más descuidados estaban sus comediantes, una mañana se encontraron, al levantarse, con que el pájaro había volado, sin dejarles siquiera con que pagar la posada en que se alojaban. Los infelices pusieron el grito en el cielo. Dorila renegó del infiel amante. Le llamaron pillo, ladrón, canalla y otros calificativos no menos suaves; pero echarle un galgo... Nadie sabía cómo, ni cuándo, ni á dónde se había marchado.

III

La primera etapa de la vida aventurera de Blas no había sido, que digamos, muy brillante. A pesar de estar con cien ojos para observar cuanto á su alrededor acontecía, la ocasión que impacientemente esperaba, no llegó á presentarse, y su vida de pícaro había corrido por un cauce estrecho y vulgar, sin obtener otros medros que las mezquinas estafas á unos cuantos miserables.

No atreviéndose á dirigirse á Madrid hasta reunir los medios necesarios para maniobrar con desahogo, encaminóse á un pueblo que, sin ser capital, es de los más ricos y de más vecindario de Extremadura, y allí encontróse y trabó amistad con otro mozo de su calaña; de aquellos que, sin oficio ni beneficio, saben sustentarse á costa del

prójimo y vivir con holgura sobre el país.

Discutieron prolijamente el negocio de la ruleta y el monte, llevados de feria en feria, y, en general, á todos los festejos populares; y de un fondo que reunieron entre los dos, y que no llegaba á mil pesetas, se propusieron, con toda suerte de habilidades y artimañas, sacar lo bastante para pasarlo regular, mientras no se les proporcionase cosa mejor, y que más rápidamente los condujese al ilusorio alcázar de la fortuna.

A no poca gente desplumaron en el tiempo en que vivieron unidos, y aunque no se privaban de nada, y para tenerlos propicios untaban bien la mano á alguaciles y polizontes, llegaron á juntar entre los dos un capital de seis ó siete mil pesetas. Pero el compinche era menos precavido que Blas. Naturaleza más grosera y de menos aspiraciones, tenía el terrible defecto de la bebida, y una noche armó una bronca espantosa en el mesón en que paraban. Blas comprendió, que aquel compañero era peligroso para él, y resolvió sepa-

rarse. Liquidaron, pues, se repartieron el botín, y cada cual giró por su lado.

Durante dos ó tres años recorrió varias provincias, estafando y timando en cuantas ocasiones se le presentaron, y aun dando con su cuerpo alguna vez en las cárceles del reino, si bien, manejándose con destreza, salía, por lo general, mejor librado de lo que fuera de creer. Sea como quiera, su vida se deslizaba insignificante y obscura; sus teorías no hallaban ambiente en que desarrollarse, y los míseros provechos que alcanzaba, no valían la pena de los peligros y tramojos á que se exponía.

Cuando menos lo pensaba, la suerte falaz deslumbró sus ojos con el miraje de la riqueza, y creyó llegado el momento de realizar con poco esfuerzo sus codiciosos deseos.

Madrid era el Eldorado de sus aspiraciones, y á Madrid se dirigió, como á tierra abonada, para dedicarse con fruto á la humana explotación, de que tanto esperaba.

Con dos enojosas dificultades, su vi-

llano nombre y su carencia de estado civil, luchaba siempre, como hemos dicho, y un impensado azar, un terrible siniestro ferroviario, vino á poner en sus manos los medios de allanar tales obstáculos y realzar su abyecta personalidad.

El hecho fué, que viajaba en un vagón de segunda, con un americano de Buenos Aires, recientemente desembarcado en Cádiz, quien, con plenos poderes de los interesados, venía á recoger la herencia de un paisano, muerto en Madrid, la cual, consistente en valores comerciales y en una respetable suma de oro, estaba depositada en una casa de banca extranjera.

De todo esto se enteró Blas en los largos ratos que pasó en el vagón solo con el bonaerense, hombre llano y abierto, sin la circunspección necesaria entre gentes que no se conocen.

Aunque en el curso del viaje entraron en el coche ó salieron de él varias personas, nadie, más que ellos dos, iba en el compartimiento, cuando ocurrió el terrible accidente. A causa de una ligera depresión en la vía, efecto de

las lluvias, descarriló el tren, y la locomotora, arrastrando el tender, el furgón de equipajes y dos ó tres coches, se despeñó por un barranco, desde una altura de doce pies. D. Benigno Zenón, que era el nombre del infortunado americano, pereció en el siniestro, y Blas, que se salvó de milagro, recobrada su serenidad, al ver que sólo había recibido leves contusiones, aprovechándose del estupor de los primeros momentos, apoderóse de la cartera y el maletín del compañero, despojándole también de algunos papeles que guardaba en un bolsillo interior de la americana, en el cual, astutamente, le introdujo una tarjeta de las que conservaba para ciertas ocasiones, desde los tiempos en que recorría villas y lugares con sus cómicos de la legua: "*Blas Zurrón, artista*". Empezando los nombres de ambos con las mismas iniciales, que D. Benigno llevaba bordadas en su pañuelo y eran probablemente la marca de su ropa interior, nada más verosímil, que la cartulina aquella fuese tarjeta del muerto con su propio nombre. Le dejó el reloj, que

era de plata, el portamoneda y una sortija, que le ceñía el dedo anular.

Al presentarse las autoridades, dióse con el mayor aplomo en sus declaraciones, por D. Benigno Zenón, de Buenos Aires. Luego, exhibiendo el correspondiente boletín, reclamó un baúlmundo que había pertenecido al infeliz viajero, sin lograr que le fuese entregado, por haber perecido con otros bultos en el incendio que se produjo, por el fatal accidente en el furgón de equipajes. Era todo su afán no dejar cabos sueltos, y tomadas las precauciones que juzgó necesarias, creyéndose seguro y en terreno firme, con el botín que se había apropiado, siguió tranquilamente en el tren de socorro, que desde un punto importante de la línea había sido enviado al lugar de la catástrofe, su viaje á Madrid.

Examinando más despacio los objetos robados, abrió de nuevo la cartera y fijó su atención en el pasaporte, visado en el Consulado de España, en Buenos Aires, y en una carta de recomendación de un negociante de aquella capital, en favor de D. Benigno Ze-

nón, para D. Rufino Baranda, del comercio de Madrid. En el maletín halló el poder, en forma para entregarse, de la referida herencia, y, además, un cartucho con mil francos en oro. Era todo lo que necesitaba. Blas Zurrón, hijo de un presidiario, se había convertido de pronto en D. Benigno Zenón, negociante y natural de Buenos Aires.

La veleidosa fortuna, visiblemente lo protegía. Al llegar á Madrid, sin embargo, sintió cierto escozor, como una gota amarga en el borde de la copa en que iba á libar un licor generoso. Desconocido enteramente en la plaza, érale de todo punto necesario la garantía de algún comerciante de crédito y ciertas formalidades, para que la casa depositaria le hiciese entrega del tesoro á ella confiado. Pensó en la carta de recomendación, que releyó, y seguro, por su contenido, de que la persona á quien iba dirigida no conocía á Zenón, con su cínica audacia se fué á presentar la misiva á D. Rufino, el cual tragó el anzuelo, se pasó de amable y hasta le convidó á almorzar. Blas, en su ejercicio de comediante, se había connatura-

lizado con la ficción, y su papel, á la verdad, lo representaba bien.

Creyendo contar con D. Rufino Baranda, empezó á dar los pasos necesarios para sacar la herencia, y tuvo una primera entrevista con el banquero alemán, en cuyo poder estaban los valores y el oro que la constituían. No fué mal recibido; pero D. Daniel Berger—que así se llamaba el jefe de la casa—no era hombre que se precipitase, y menos tratándose de soltar dinero; así que, sin sospechar todavía, pues no tenía motivos para ello, de su interlocutor, le manifestó claramente, que no le pondría en posesión de la herencia mientras no acreditase de un modo irrefragable su personalidad y fueran debidamente legalizados sus papeles en el Consulado de la Argentina.

Blas salió algo sombrío de casa del banquero, y á lentos pasos, como hombre que anda y medita al mismo tiempo, se encaminó, provisto de sus papeles, al Consulado. Allí fué cortésmente recibido por el Canciller; pero, al enterarse del importante asunto de que se trataba, introdujo al seudo don

Benigno en el despacho del jefe, hombre suspicaz y no muy afable, para que á él le expusiese el objeto de su visita.

Revisó el Cónsul los papeles, que halló en regla; pero, de la conversación á que dió lugar aquel acto, no quedó bien impresionado, chocándole, por demás, la ignorancia supina del D. Benigno, respecto de hechos y cosas de su patria; por lo cual, receloso y desconfiado, sin negarse á la legalización, con especiosas razones, la dejó aplazada por el momento.

Blas empezó á sentirse inquieto. Aún no tenía motivos para desesperar; pero no se le ocultaba lo arduo del camino en que había puesto los pies. No era poco contar con D. Rufino, á quien había completamente embaucado; mas no era esto todo, ni bastante. D. Daniel, por interés egoísta, retardaría todo lo que pudiese la entrega de los fondos, y aunque el Cónsul, de cuya acogida no había quedado muy satisfecho, estando los documentos en regla, no es creíble que se negase á la legalización, comprendía que el papel que estaba representando, no podía

prolongarlo sin exponerse á graves peligros. La mayor rémora la vió, y acaso no le faltase razón, en el egoísmo de D. Daniel, con el cual determinó volver á avistarse al siguiente día.

Blas pasó la noche nervioso y desvelado, dando vueltas al asunto en su cabeza, y estudiando el modo de ganar la voluntad del banquero, interesándole en el negocio y resolviéndose, en caso extremo, á renunciar á la completa posesión de la herencia, con tal de que una parte, siquiera, quedase en sus manos.

Serían las diez de la mañana, cuando salió, bien trajeado, de la Fonda de Europa, donde se alojaba, y, acomodándose en una manuela que encontró al paso, se encaminó al barrio de Salamanca, donde se hallaba domiciliada la Casa de Banca de D. Daniel Berger.

El edificio, de construcción moderna y de bastante amplitud, tenía acceso por un patio, adornado con unos arbustos en grandes macetones pintados de verde, y separado de la calle por una verja.

Detrás de los cristales de una de las

ventanas de las oficinas, que daban á dicho patio, se hallaban de pie, conversando, dos individuos, que, por sus mangotes de tela negra y sus plumas detrás de la oreja, bien se veía que eran dependientes de la casa. Cuando Blas se apeó á la entrada de la verja, notándolo aquéllos, dijo uno al otro:

—Mira, Andrés; ese es el que ha venido de Buenos Aires á recoger la herencia de su paisano... una bicoca, cincuenta mil duros, oro.

—¿Ese?—exclamó Andrés, fijando la atención en la persona aludida, mientras ésta pagaba al cochero.—Yo conozco á ese hombre. Juraría que es... ciertamente...

—No puede ser—repuso el compañero.—Es el que vino ayer á conferenciar con el principal...

—No se me despinta—replicó Andrés, que no le quitó ojo, hasta que cruzando el patio entró en el edificio.—¡Buen peje está! No puede venir á nada bueno. Ese hombre es un tomador. Se llama Blas Zurrón.

—¿Cómo sabes tú eso? ¿De qué lo conoces?

—Hace dos años (antes de entrar en la casa) estuve alojado con él, en la misma posada, en Sevilla. Con una ruleta y un compinche andaba siempre por ferias y romerías desbalijando á todo bicho viviente. ¿Cómo quieres que lo olvide, si yo fuí una de las víctimas?

—Tú sueñas.

—¿Quieres que hagamos una prueba?

—¿Cuál?

—Estemos á la mira, y cuando se retire y nos vuelva la espalda, di, desde una ventana, en voz alta: ¡Blas! verás como al oir su nombre, de improviso, vuelve en seguida la cara. Y no te digo que añadas el apellido, porque eso tal vez no fuera prudente.

En tanto que ociosamente departían los dos empleados, Blas fué recibido por D. Daniel, y justo es decir, que en la conferencia se condujo con bastante habilidad. Como en el curso de la conversación le manifestase el banquero, que para poner en Buenos Aires la considerable suma depositada en su casa, no era necesario que nadie se incautase de ella, pues era más ba-

rato y más seguro girarla por medio de letras á la metrópoli argentina,

—¡Qué duda tiene?—contestó Blas con aparente ingenuidad—y ese es mi propósito, deseando que se encargue de la operación, naturalmente, con la comisión debida por tan importante servicio, casa como esta de tanto crédito y representación. Pero aunque el grueso de la suma haya de ser convenientemente girado, con las amplias facultades que me da el poder, que presentaré á usted, legalizado por el Cónsul, he de entregarme de la cantidad, relativamente pequeña, de doce mil duros, que importará, según cálculo, la adquisición de unas máquinas para fines agrícolas, que tengo encargo de comprar en Londres.

D. Daniel pareció bastante humanizado en esta conferencia, en que Blas sorteó con destreza las dificultades que le salían al paso. Mucho habían encogido sus aspiraciones; pero pensó que para salvar una mínima porción del cargamento, le era forzoso arrojar al mar la mayor parte. Todo inútil, sin embargo. Los números no le favore-

cían, y es lástima, pues la cuestión la tenía bien planteada. D. Rufino respondía de su persona; el Cónsul, á menos de una delación, que hasta entonces nadie había hecho, no podía negarse á poner su "visto bueno„ en papales completamente en regla.

Se despidieron, pues, amistosamente y casi de acuerdo D. Daniel y el postizo D. Benigno, hasta el siguiente día, para ultimar ciertos pormenores. ¡Quién lo había de pensar! Una sola palabra, un monosílabo lanzado al aire desde una ventana, iba á echar por tierra el fantástico alcázar, á tan duras penas levantado.

Los dos jóvenes empleados aguardaron pacientemente el fin de la conferencia, y desde su ventana, cuyos cristales abrieron, entornando al propio tiempo las hojas de madera, de modo que pudieran ver sin ser vistos, al notar que el visitante se alejaba, uno de ellos, esforzando algo la voz, como quien llama á otro, dijo: ¡Blas! Y al punto el falso D. Benigno, como impulsado por un resorte, volvió la cabeza y miró hacia el sitio de donde, á

su entender, había salido la voz. Pronto se rehizo y siguió su camino; pero todavía, ya fuera de la casa, desde la verja fijó un instante la vista en la ventana entornada.

La voz aquella ¿fué llamada casual á alguno de su propio nombre, ó significaba que en aquella casa se estaba al cabo de su verdadera personalidad? Y esto último, ¿cómo se compadecía con la benevolencia con que había sido tratado por el banquero alemán? El rayo de luz que había iluminado un momento sus esperanzas, se apagó de repente, y todo fué dudas é incertidumbre en su turbado espíritu. El lance no era para menos.

Cuando la prueba propuesta por Andrés á su compañero tuvo el resultado que se esperaba, ambos creyeron de su deber dar cuanto antes al principal el oportuno aviso. En consecuencia, á los pocos minutos de retirarse el visitante, se presentó Andrés en el despacho de D. Daniel.

—¿Qué se ofrece?

—Señor, creo de mi deber hacer á usted presente, que la persona con quien

acaba de conferenciar sobre la herencia perteneciente á varios argentinos, y depositada en este Banco, no es quien dice, ni creo que tenga nada que ver con Buenos Aires. Es, sencillamente, un tomador. Yo le he conocido como jugador de ventaja.

—¿Y dónde lo ha conocido y cómo sabe quién es?

Andrés contó á su principal la historia que antes había referido á su compañero de oficina.

—Agradezco tan oportuno aviso—dijo D. Daniel, después de oir al subalterno—, y lo consideraré como un servicio importante prestado por usted á la casa. Aunque ni un momento dejé de estar receloso, confieso que iba influyendo en mi ánimo... pero ¿y los papeles que exhibe?

—Serán robados... tal vez producto de un crimen.

—¡Vaya un pájaro de cuenta! Pero tendrá su merecido.

Aunque el apócrifo D. Benigno había quedado con el banquero en tornar al siguiente día, vaciló no poco sobre el partido que debiera tomar. La pala-

bra *¡Blas!* resonaba como una voz fatídica en su oído. El caso era en sí suficiente para infundir recelos; no motivo bastante para abandonar el campo. ¿Por qué no ha de haber en aquella casa—se dijo á sí propio cien veces—quien se llame como yo? Quien no se aventura, no pasa la mar. Y se resolvió, cual mariposa atraída por la llama que la va á consumir, á presentarse por tercera vez en casa del banquero. Este lo vió aparecer con cierta fruición y mostrándose tan afable como el día anterior, le dió silla y, como si tal cosa, empezó á hablar del asunto de la herencia. La farsa duró pocos minutos. Un juez, con el escribano y dos agentes de policía, se presentó de improviso, le tomó declaración, y desde el *Banco alemán* fué el D. Benigno de pega á la cárcel, en calidad de detenido; arresto preventivo que, después de examinados sus efectos y papeles, un auto del juzgado convirtió en prisión definitiva. Repitióse una vez más el cuento de la lechera, y en vez de la posición y la riqueza de que ya se creía dueño, vióse por el pronto en la cárcel

y luego en uno de los penales de Africa, donde durante tres años, y no salió mal librado, vistió el uniforme del establecimiento y comió el rancho de la nación.

IV

Dejemos á Blas cumpliendo su condena y lamentándose de que no fuese tan fácil como en un principio creyera, llevar á la práctica y convertir en realidades las máximas y apotegmas en que hacía consistir los éxitos de la fortuna, y veamos, entre tanto, qué había sido del ñoño y apocado Roque, su compañero de la infancia.

Protegido siempre por el señor cura, si en punto á letras humanas nunca fué más allá de los latines de la misa y de algunos rezos, era en cambio excelente obrero, buen cristiano y de moralidad intachable. Todo el mundo lo quería y estimaba en el pueblo. Se casó,

por fin, con Inesilla, la hija de la estanquera, y con sus ahorros, alguna cosilla que ella trajo, y los generosos auxilios del tío, llegó á poner un obrador de calzado por su cuenta, donde, si no consiguió la opulencia, alcanzó una dorada medianía. Tuvo un hijo. La mujer era honrada y piadosa, y él, llevado de sus sentimientos devotos, entró como hermano en la Cofradía de la Paz y Caridad, una de las principales del pueblo. Todas sus aspiraciones estaban satisfechas: daba gracias á Dios, y era feliz.

Blas salió, al cabo, de presidio, extinguida su condena; pero ni arrepentido ni regenerado. Muy al contrario, con el alma rebosando hiel y jurándose á sí mismo vengarse de la sociedad que tan mal le había tratado. Su dolorosa experiencia le serviría en adelante para ser más listo y más cauto. Era preciso á toda costa llegar á la riqueza. Sin ella no valía la pena de vivir, ni era el hombre más que un mísero esclavo. La gloria y el infierno estaban en la tierra: la primera, la disfrutaban los ricos; el segundo, lo padecían los

pobres. Después, no había nada. De la cárcel y el presidio sólo había sacado mayor miseria espiritual y alianzas y conexiones con gente infame y almas depravadas. Seguramente sus aptitudes para el crimen se agrandaron en aquellos ominosos centros, donde el hombre, en lugar de elevarse con el trabajo y la penitencia, se envilece y degrada, y va cayendo, de escalón en escalón, hasta el fondo de un abismo donde no hay redención posible.

Recobró, pues, la libertad, y el poco dinero que le encontraron á su ingreso en el penal y de que se incautó la justicia, le fué devuelto al extinguir la condena.

Con la nota infamante de licenciado de presidio, no pudo ya alternar con personas honradas, y cultivó, naturalmente, las relaciones formadas con sus compañeros de Ceuta ó de Melilla, hez de la sociedad y hampa de miserables sin moralidad ni amor al trabajo, que no bien cumplían sus condenas, se echaban á calcular y ejecutar otros delitos, encaminados, generalmente, á apoderarse de lo ajeno.

En el trato con tan viles personajes, y particularmente con dos ó tres de los más redomados, concibió la idea de organizar una hampa en vasta escala, con raíces en Madrid y ramas en todas partes, lo que llevó á efecto, y como un eco vago del periódico aquel en cuyas máximas se formó su juvenil espíritu, quiso que los individuos de la asociación se llamasen los *Innovadores*. Desearon éstos, como era natural, nombrarle director y jefe; pero cauteloso y prudente, declinó tal honor, conformándose con el papel más modesto de segundo de la siniestra taifa. Sin duda dijo para su capote, como el hidalgo del cuento de Sancho: "Adondequiera que yo me siente, seré vuestra cabecera."

Los socios se juramentaban: la delación era castigada con la muerte: valíanse de un sistema de señales y un lenguaje convencional que ellos solos comprendían. El núcleo de Madrid lo formaba una banda de diez ó doce malandrines de los más astutos y osados. La sociedad tenía ramificaciones en provincias, particularmente en la de

Jaén y la de Córdoba, donde había bastantes afiliados dispersos en los distritos rurales. Siempre que, á juicio de alguno de ellos, se presentaba en la zona en que vivía y observaba de cerca ocasión favorable de hacer un buen negocio, se pasaba aviso al centro establecido en Madrid. Se estudiaba el caso, y se proveía lo conveniente. En esa tropa de truhanes y desalmados, los había de todas cataduras, desde gente de levita, hasta labriegos de zahones y polainas.

No fueron pocas las fechorías que llevaron á cabo, y muchos de ellos alcanzaron en premio el grillete y la cadena. Blas, sin embargo, sabía nadar y guardar la ropa. Esquivaba tomar parte en hurtos, violencias y atropellos vulgares, reservándose para empeños de más fuste. Estaba dispuesto á jugarse la vida; pero en empresas que lo mereciesen. Entre tanto, prefería quedarse á la capa, no disputando nunca á la gente menuda pequeños provechos.

Llevaba más de dos años de funcionar la nefanda compañía, siendo, á la

verdad, mayores que las ventajas, los trabajos y contratiempos sufridos, cuando de Andalucía, justamente de una cortijada próxima á la famosa Villasana, vino un mensajero á hablar con Blas misteriosamente. Según el informe, en el *Tomillar*, hacienda de campo, á más de diez leguas de la capital y á poco menos de la mencionada villa, perteneciente á un título que residía en Madrid, se presentaba la oportunidad de dar un golpe de mano con poco riesgo y extraordinario beneficio.

La casa de labor era magnífica. Una de sus alas servía de vivienda á ciertos empleados, y daba por un lado á un gran patio interior, centro de todas las dependencias, y por el otro á la huerta de la posesión. La hermosa finca era, al par que de producto, de recreo, y una de tantas como en aquella fértil región formaban el gran caudal de un vasto señorío. En ella residía habitualmente el administrador, que dirigía con acierto la varia explotación á que la misma se prestaba. Los demás predios del señorío estaban arrendados.

Hacía más de una semana, que el intendente general del Conde se hallaba en el *Tomillar*. Era la época de los pagos, que allí se centralizaban, y había ido á recoger el dinero de los arriendos, por ser entonces en aquella comarca muy caros y difíciles los giros, y principalmente á entregarse de la importante suma de ocho mil duros, precio de la venta de una tierra colindante, comprada al Conde por un ricacho de las cercanías. Todos esos fondos, depositados en aquel momento en el *Tomillar*, formaban en junto una cantidad, que no bajaría de catorce ó quince mil duros. Ya, días antes, había querido el intendente trasladar aquellos fondos á la capital para depositarlos en la sucursal del Banco de España; pero una repentina indisposición le retuvo á su pesar en la hacienda.

El plan de los malhechores era entrar por sorpresa en la habitación del intendente, y sustraer con astucia y destreza, más que con violencia, la considerable suma. Uno de los guardas, de nombre Paco, estaba afiliado á la sociedad, y una lavandera de la casa era

la coima de otro de los malandrines, que algunas veces, no siempre, trabajaba en la finca.

El dinero, en su mayor parte billetes y oro, estaba encerrado en una caja de hierro de no grandes dimensiones, imposible de abrir para quien no conociese el secreto de la cerradura, y la caja, á su vez, guardada y oculta en un recio arcón con doble llave, colocado en la misma estancia del intendente, cerca de su lecho.

Era fin del verano y el calor aún no había templado sus rigores. El intendente, como el balcón de su cuarto, que daba á la huerta, estaba á considerable altura, y debajo de él no había reja ni ventana, solía tenerlo abierto hasta las doce de la noche, hora en que, al irse á acostar, lo cerraba. En otras piezas contiguas habitaban el administrador y algún otro dependiente.

Con esos datos, y con otros que pudo procurarse, Blas determinó partir con dos camaradas de los más finos y audaces, los tres fingiéndose jornaleros rurales, para el lugar donde iba, tal vez, á perder la vida, ó á conquistar la

fortuna. Si la arriesgada aventura salía bien, estaba decidido á emigrar á América.

Sobre el terreno se estudió el modo mejor de llevarla á cabo. Se tomaron las precauciones necesarias y se fijó el día, es decir, la noche, para el trance decisivo. Todas ellas, quedábase un guarda, vigilando en torno de la casa, á más de tres ó cuatro mastines sueltos, y, naturalmente, la sustracción del tesoro debía efectuarse la noche en que tocase á Paco la vela. Este debía encerrar á los canes y echarles unos huesos, para que no aullaran, y tener preparada una escalera de mano, con la cual los asaltantes subieran sin ruido al abierto balcón. Mas los azares y riesgos que iban á correr, á medida que se acercaba la realización de la empresa, parecían mayores, y, para asegurar el éxito, se acordó provocar una diversión en otro lugar de la casa, ocurriéndoles la satánica idea de prender fuego al pajar, situado en el ala opuesta á la en que estaba la habitación del intendente. No era posible que, cuando empezasen á tomar incremento las lla-

mas, no acudiesen todos al patio, para ver de extinguir ó aislar el incendio. Ese era el preciso momento de lanzarse por la escala al balcón. En el caso, no probable, de que el intendente permaneciese en su cuarto, se le cogería la acción, se le amordazaría y se cerraría por dentro la puerta. Aunque de afuera intentasen abrirla, tiempo tenían los foragidos, provistos de los útiles necesarios, de descerrajar el arcón, y, dueños de la caja, ganar por el balcón la escalera de mano y perderse en las tinieblas de la noche.

El plan no estaba mal urdido. Veamos el resultado. Llegó el ansiado momento: todo empezó á realizarse como se había calculado: los perros quedaron en clausura, y á las once comenzó á arder el pajar. El trastorno y confusión fueron grandes: todos acudieron, como se había previsto, al patio, á enterarse de las causas del siniestro y tomar disposiciones. Entonces, se colocó la escalera en el sitio convenido, sin que nadie, en aquel paraje solitario de la huerta, lo advirtiese, y tres enmascarados, uno tras otro, sigilosa-

mente, sin el menor ruido, treparon por ella al balcón. El intendente, que apenas supo el incendio del pajar, se metió en su cuarto, á fin de prevenirse para el caso, no probable, pero posible, de que el fuego se propagase á aquella ala del edificio, algo sordo, no sintió á los malhechores, hasta que, de repente, los vió en la habitación. Sin perder tiempo, echó mano al revólver que tenía sobre la mesa de noche y situóse en la puerta, que estaba abierta casualmente, dando desaforados gritos: "¡Ladrones! ¡Ladrones! ¡Socorro!„ Los enmascarados le amenazan de muerte con sus pistolas, y se adelantan resueltamente á sujetarle; pero él, hombre enérgico, dispara contra ellos su revólver, aunque sin hacer blanco. En esto acuden dos dependientes armados: Blas tumba á uno de ellos de un tiro, y, á su vez, sale herido de la refriega. Los ladrones, viendo fracasado su plan, sólo tratan de ponerse en salvo, replegándose en actitud defensiva hacia el balcón, desde el cual se precipitan por la escala á la huerta. Pero Blas llevaba un balazo en un muslo, y

en la persecución, que se organizó en seguida, no pudiendo huir con la presteza de los demás, fué aprehendido, enviándose al punto un propio á Villasana en demanda de la Guardia civil.

Con grandes esfuerzos logróse apagar el incendio; pero no se pudo evitar que un niño de corta edad, que era hijo del mozo de mulas, y estaba solo durmiendo en la habitación de sus padres, contigua al pajar, pereciese abrasado, sin que su pobre madre, que acudió á disputarlo á las llamas y sufrió graves quemaduras, lograse salvarlo. Este doloroso incidente, y el hombre muerto por los ladrones, dieron terribles proporciones al delito.

V

Al rayar el alba, llegó la pareja de la benemérita, que se entregó del reo, y con las precauciones de costumbre, fué conducido en una caballería, no

pudiendo caminar por la herida del muslo, á la cárcel de Villasana.

Era domingo, y la hora de las doce del día. Roque, con su mujer y sus hijos, luciendo las galas de los días de fiesta, se paseaba por la plaza principal, donde tocaba la música del pueblo y bailaban las muchachas con los mozalbetes, cuando, entre dos guardias civiles, apareció Blas, con los codos atados, sobre una caballería, que llevaba del ronzal un chico desarrapado. La gente, y Roque entre ella, con la natural curiosidad que excitan tales cuadros, se agolpó para ver al reo. Blas, al percibir y reconocer á su antiguo camarada, volvió los ojcs á un lado. Roque, dolorosamente sorprendido ante aquel triste espectáculo, sintió honda pena por su amigo de la infancia.

Pronto se supo en el pueblo todo lo ocurrido. Blas fué á la cárcel, donde el juez le tomó declaración, saliendo en seguida con el escribano para el teatro del crimen, con objeto de instruir la sumaria.

Se siguió la causa; unos tras otros,

fueron reducidos á prisión los principales delincuentes. Se descubrió la existencia de la nefanda asociación y sus ramificaciones, y al cabo de tres largos años, en que la causa pasó por todos los trámites, fué confirmado por la Audiencia territorial el fallo del tribunal inferior, en que apreciándose el delito con todas las agravantes de premeditación, nocturnidad, escalamiento, homicidio, incendio, y, á consecuencia de él, un niño abrasado en las llamas y una mujer herida, se condenaba á Blas á muerte en garrote vil, y á sus principales cómplices á cadena perpetua.

En esto habían venido á parar las famosas máximas y consejos del que llamaba tío, y las enseñanzas que él mismo había sacado de sus lecturas y de sus propias meditaciones, sin más norte que su feroz sensualismo. La explotación de los tontos por los hábiles, y lo de entrar y salir por las mallas del Código, sin que molestaran los nudos, era, por lo visto, más fácil para dicho, que para ejecutado, y el oficio de explotador social tenía muchas quiebras.

Blas, con sus ambiciosas miras, su soberbia y su desprecio de los hombres, era condenado á muerte como un vulgar y miserable foragido. En tanto que el insignificante Roque, por la senda trillada del trabajo perseverante, la moralidad y el espíritu de ahorro, había alcanzado una posición, modesta, sí, pero sólida é independiente, conquistándose la estimación de sus convecinos, y llegado á ser en el pueblo persona de cierta importancia.

Siendo Villasana cabeza de partido judicial, allí fué el ejecutor de la justicia con su horroroso mecanismo y los adminículos necesarios para levantar el cadalso; lo cual efectuó en la esplanada que se extendía detrás de la cárcel. Hacía muchos años que no se había verificado en Villasana ninguna ejecución capital, y el pueblo estaba verdaderamente consternado.

Era la víspera del día en que Blas debía ser ajusticiado. A la hora reglamentaria el reo fué puesto en capilla. A un lado se había erigido un altar, donde se dijeron algunas Misas; del otro estaba la cama del reo, oculta por

un biombo. En medio del cuarto, una mesa con un crucifijo y un libro de rezos, recado de escribir y un gran velón de Lucena con dos mecheros encendidos. En toda la estancia, tres ó cuatro sillas de anea.

El reo no había querido confesarse. Le auxiliaba un sabio y piadoso sacerdote, que en vano le exhortaba á prepararse para comparecer ante el tribunal divino. Los hermanos de la *Paz y Caridad* tenían, naturalmente, acceso á la capilla, alternando en la triste misión de confortar y consolar al reo.

A Roque le tocó acompañarle en las altas horas de la noche. Al verlo entrar, aquel hombre, que parecía encallecido para las impresiones, é inaccesible á las influencias del mundo externo, se sintió turbado y sin saber qué actitud tomar. Roque se acercó, conmovido, y, con lágrimas en los ojos, le echó los brazos. Por choque eléctrico del sentimiento, hondo y verdadero, Blas se conmovió á su vez, y los dos, cogidas las manos, estuvieron mudos un momento. Roque empezó:

—¡Qué desgracia tan grande! ¿Quién

nos hubiera dicho, al separarnos, algunos años ha, que habíamos de volvernos á ver en tan doloroso trance?

—Sí; y ahora nos vamos á separar otra vez, ya para siempre.

—Para siempre en la tierra; pero... quién sabe... en otra parte...

—¿En otra parte?—repitió Blas, moviendo la cabeza, como quien nada cree y espera.

—Dios es infinitamente misericordioso. Si te arrepientes y le demandas perdón, ¿por qué no te ha de perdonar? Hazlo, Blas: yo te lo pido como hermano. Así nos queríamos, y así nos queremos. Yo he sido más feliz que tú. A ti te ha faltado la luz de la fe, y una madre que te guiara en la infancia. ¡Ah! Blas, no me dejes en el corazón esa gran amargura: no me quites la esperanza de que en otro mundo, mejor que éste, nos volvamos un día á abrazar.

—Para mí no hay más que tinieblas. Sólo deseo tornar, cuanto antes, al polvo de donde salí. Si hubiera un Dios justiciero, ¿qué perdón podría alcanzar el que negó su providencia, huyó

de sus vías y buscó la fortuna y la felicidad por medio de la falacia y el crimen?

—No eres tú el primer delincuente, ni serás el último que Dios haya perdonado; entra en ti mismo; sacude de tu espíritu desconfianzas y prevenciones; busca, inquiere en el fondo de tu alma, tal vez halles todavía algún resplandor de la luz que puso Dios en la mente del hombre; luz que nunca se extingue por completo, y que entre la niebla del pecado, á tantos infelices condujo á puerto de salvación. Te quedan ya pocas horas; ningún interés humano puede influir en tu espíritu. Recapacita un instante. Si tu propia conciencia te grita y vitupera, ¿qué trabajo te cuesta confesar tu error, hincarte delante de un crucifijo y pedir, al que también murió, por salvarnos, en un patíbulo afrentoso, piedad y misericordia? El cielo me perdone. Yo soy algo supersticioso. ¿No te dice nada, que yo te esté consolando en estos momentos de suprema agonía? Yo, que no soy un sabio, ni un santo, ni tengo órdenes sagradas, ni soy más

que otro mísero pecador. Acuérdate, Blas, y mira en ello el aviso de la Providencia. Éramos niños; yo, torpe y débil; tú, fuerte y ágil. Siempre fuiste en todo superior á mí. Una tarde de verano nos fuimos á pescar truchas al río. Encaramándome por las peñas, llegué á un paraje peligroso, donde la corriente era fuerte y el cauce profundo. No sé qué movimiento hice, que se me fueron los pies y caí al río. No sabía nadar. Te arrojaste en seguida al agua, sin medir el riesgo, y me salvaste la vida. Pues bien: yo vengo hoy á pagarte aquella deuda, y, acaso en mi pequeñez, instrumento de la Providencia, á salvar tu alma. Blas, ten compasión de mí. ¿Qué dudas? ¡Un movimiento de corazón! y entrégate, todavía es tiempo, á la misericordia divina.

Lo que el sabio sacerdote, con sus exhortaciones, no pudo lograr, lo alcanzó el indocto y sencillo Roque. ¡Milagros del sentimiento!

—¡Qué grande me pareces!—le dijo Blas—á mí que te juzgaba pequeño. Tienes razón: aunque Dios no me perdone, ¿por qué morir impenitente?

—¡Su piedad es infinita!

Roque se retiró, y el sacerdote oyó en confesión y absolvió á Blas. Luego se



encendieron los cirios del altar, el ministro celebró el Santo Sacrificio y dió la Comunión al reo, que la recibió fervorosamente.

Llegó el terrible momento. Los dos amigos se abrazaron.

—Pondré una cruz en la tierra que te cubra, y rezaré por tu alma—dijo Roque, con honda emoción, al despedirse.

—Y yo te... Blas no pudo continuar: los sollozos anudaron su garganta. Se rehizo, sin embargo, y subió sereno al patíbulo. Algunos momentos después se había cumplido la justicia humana.



|5|

REDIVIVO

BOSQUEJO DRAMÁTICO, EN DOS ACTOS



Al Sr. D. José María Nogués, en prueba de lo mucho que estima al poeta y quiere al amigo,

El Duque de Rivas.

PERSONAJES

—

JULIA.

PAULINA (niña de nueve á diez años).

DOS NIÑOS (menores que ella).

ANTONIO.

ERNESTO.

UN SACERDOTE.

UNA CRIADA.

UNA HERMANA DE LA ESPERANZA.

Época actual.

ACTO I

Sala modestamente amueblada. Tres puertas, una en el foro y dos laterales. A la derecha (actor), mesa con algunos libros y un pequeño crucifijo de bronce sobre su peana. A la izquierda, un velador con periódicos y objetos de labor de señora, y cerca de él un canapé y un sillón. Esparcidos en las sillas, juguetes de niños.

ESCENA 1.ª

ANTONIO, sentado en un sillón, lee un periódico. JULIA, con mantilla y un devocionario en la mano, como si viniera de la iglesia, aparece por la derecha, pálida, descompuesta, profundamente agitada. Al mismo tiempo entran alegres los NIÑOS, y cogen algunos juguetes.

ANTONIO *(dejando el periódico)*.—¿Qué te pasa, que vienes demudada y con tan extraña expresión?

JULIA.—¡Ah!... me siento mal...

ANTONIO *(levantándose)*.—Cuando saliste, no tenías nada.

JULIA.—¡Ay, Antonio! el firmamento se desploma sobre mi cabeza.

ANTONIO.—Pero ¿qué pasa?

JULIA *(mirando á los niños)*.—No estamos solos.

ANTONIO *(llevando de la mano á los niños á la puerta del foro)*.—Ea, idos á jugar á vuestro cuarto. Mamá no está bien y le incomoda el ruido. *(Los niños desaparecen.)* Ya estamos solos.

JULIA.—¡Ay, Antonio! *(Se echa á llorar.)*

ANTONIO.—Empiezo á alarmarme. ¿Qué ocurre?

JULIA.—Lo he visto.

ANTONIO.—¿A quién?

JULIA.—A mi marido.

ANTONIO.—¿A quién? ¿á Ernesto? *(Con marcada sorpresa.)*

JULIA.—Sí.

ANTONIO.—Pues ¿no se dijo que había muerto?

JULIA.—Eso creíamos. ¿Qué va á ser de nosotros!

ANTONIO.—Será una alucinación.

JULIA.—No: lo he visto con mis propios ojos, y él me ha visto.

ANTONIO.—Explícate, mujer.

JULIA.—Al ir al rosario, noté vagamente que un hombre, á cierta distan-

cia, me observaba. No lo vi bien; pero un tumulto de ideas confusas anubló de repente mi espíritu. En la iglesia era tanta mi agitación, que no pude rezar. Al salir, miré á lo largo. En la esquina estaba el hombre de antes. En vano quiso sustraerse á mis miradas. La duda desapareció. Era él, sí, él. ¡Qué terrible conflicto!

Antonio.—¿Por qué se dió por muerto ese hombre? ¿Por qué te abandonó con su hija? Creiste que no existía, y te uniste á mí, que te amaba, y te amo siempre. Para la inocente niña he sido un padre. Cuando estuvo tan mala, ¿quién se desveló por ella? ¿Por quién vive, sino por mí? ¿Con qué derecho viene ahora ese hombre á robarme la felicidad? Él hizo llegar hasta ti la falsa noticia de su muerte. ¿Qué le trae al hogar que desoló, y yo restablecí con el sudor de mi frente y el calor de mi alma? ¿Qué ley puede separarnos contra nuestra voluntad? ¡Que venga!, no le temo. Ahí está su hija...; que le pregunten quién es su padre. Pero, ahora me

haces recordar... Es un leve indicio... ¿Qué traje llevaba?

JULIA.—De americana, de tela obscura. En la cabeza una gorra con visera.

ANTONIO.—¿Tiene patillas grises?

JULIA.—Sí.

ANTONIO.—Yo he visto á ese hombre. Figúrate que el otro día, cuando fuí á paseo con los chicos, Paulina, corriendo por la plaza, se cayó y empezó á llorar. La alcé del suelo; me senté con ella en un banco y la consolé, vi dónde se había dado el golpe, que no era nada, y cuando la tenía sobre mis rodillas y le enjugaba las lágrimas con el pañuelo, se acercó un desconocido, y preguntóme con interés, si la niña se había lastimado. Además, presenció la ternura con que me besaba. Luego, moviendo la cabeza, se alejó de nosotros. El caso me pareció indiferente; no le di importancia, y ni te hablé de ello... Ahora veo que la tuvo grande. ¿De dónde sale y á qué viene al pueblo?

JULIA.—A labrar nuestra ruina y á consumar nuestra desgracia.

Antonio.—Él mismo rompió los lazos de la paternidad. ¿Vendrá, por ventura, á reclamar á su hija?

Julia.—Que la pongan entre él y tú y le pregunten quién es su padre.

Antonio.—De todos modos, tan inopinado suceso nos coloca en una situación falsa y difícil. No sabemos cuál es su intención.

Julia.—Que Paulina no salga para nada de casa. A mí no ha de forzarme la voluntad; pero á ella, que... al fin es su hija.

Antonio.—Sí, su hija... como son hijos de sus padres las criaturas libradas al torno de la Inclusa. A él le debe el ser, á mí la vida. Y, con todo, las leyes... Pero *(se oye rumor como de disputa)*, ¿quién arma ese ruido fuera? *(Entra la criada por la derecha.)*

Criada.—Un desconocido se empeña en entrar: dice, que le urge hablar con sus mercedes.

Antonio *(precipitadamente á Julia)*.—Sal de aquí, sal. No temas nada. Déjame solo con él. *(Julia, con visible desasosiego, apoyándose en los muebles y casi empujada por Antonio,*

desaparece por el foro. Al mismo tiempo, se presenta Ernesto en la puerta de la derecha.)

CRIADA.—Ya se coló: ni un momento quiso esperar. *(Aparte.)* Me huele á chamusquina... *(Vase por la izquierda.)*

ESCENA 2.ª

ANTONIO, en actitud digna, espera á que ERNESTO hable.

ERNESTO.—Empiezo por pedirle perdón, si he forzado la consigna. Estaba resuelto. Por ustedes y por mí esta entrevista era necesaria. Nuestras posiciones respectivas hay que despejarlas. ¿Usted no me conoce?

ANTONIO.—No: el otro día lo vi por primera vez.

ERNESTO. — Julia no podrá decir lo mismo.

ANTONIO.—Sí lo puede decir.

ERNESTO.—¡Cómo! ¿A su marido?

ANTONIO.—Su primer marido murió en un naufragio cerca de la costa de

Haití. Sólo se salvaron el sobrecargo, un maquinista y dos marineros. La *Gaceta* publicó la lista oficial de los muertos, remitida por el Cónsul de España en Santo Domingo.

ERNESTO.—Esa lista era inexacta. Yo figuraba en ella, y aquí estoy bueno y salvo.

ANTONIO.—En una botella que flotaba en las olas cerca del buque sumergido, se halló una carta, que insertaron los periódicos de América y copiaron los de Europa. Decía así. Tengo buena memoria. "Sobre la cubierta de *El Torralba*, 2 de Diciembre de 1860.—A mi esposa Julia Ferrán. — Vergara. — Ha estallado una caldera y se ha abierto una vía de agua, que los mayores esfuerzos no han conseguido dominar. No se descubre por el horizonte barco alguno que nos pueda socorrer. El buque se hunde por momentos. Dentro de media hora estaremos todos en el fondo del mar. Mi último pensamiento para ti y para mi hija. Adiós: hasta la eternidad. *Ernesto*.„—Después de esa carta ¡ocho años de silencio

sepulcral! Ahora, señor Bernáldez, ¿qué se le ofrece á usted?

Ernesto.—Creo que los derechos del marido y del padre no se acaban por el silencio de ocho ó veinte años. Esta es mi casa; Julia es mi mujer y Paulina es mi hija.

Antonio.—Se ve que viene usted del otro mundo. Esta casa, cuando se supo oficialmente que había usted fenecido, se vendió judicialmente para pagar sus deudas.

Ernesto.—Y usted, naturalmente, hizo el sacrificio de quedarse con ella.

Antonio.—No valen ironías. Estaba hipotecada en más de su valor. Yo la adquirí al tipo de la subasta, y no teniendo entrañas para poner en el arroyo á Julia y á la niña—ésta enferma—, las dejé en el cuarto que ocupaban: este mismo en que estamos. Convinimos en un módico alquiler, mas no lo cobré nunca.

Ernesto.—¡Qué generosidad!

Antonio.—Antes bien auxilié á la madre, que se pasaba el día y la noche sobre la máquina de coser para sustentar á su hija. Transcurrieron tres

años, y admirado de tanta bondad y tantas virtudes, le propuse que me tomara por esposo.

ERNESTO.—Después del hogar, la familia.

ANTONIO.—Naturalmente. ¿Qué había en ello de malo? Usted se había muerto. Aceptó mi proposición. En mi sentir, no tanto por afecto hacia mí, como por el cariño paternal que yo mostraba á su hija.

ERNESTO.—Todavía tendré que darle á usted las gracias.

ANTONIO (*con calor*). — Señor mío, cuando usted se fingía difunto para abandonarlas, yo las recogía para hacerlas vivir. Si ignora mi comportamiento, pregunte á su propia hija si me quiere.

ERNESTO.—Recoja un poco el vuelo y modere sus vehemencias. El problema es difícil, y puede tener un fin trágico; exige fría calma y viril fortaleza. Le he oído tranquilamente: óigame á mí ahora. Antes de tomar un partido extremo, impórtame sincerar mi conducta. Pero mis palabras... más que para usted, son

para Julia. ¿Por qué no se halla presente?

ANTONIO.—Está muy delicada: no tendría resistencia para tan fuertes emociones. Todo lo sabrá. Delante de ella, careceríamos de la libertad necesaria para buscar la solución del conflicto. La llamaría, si fuese absolutamente preciso.

ERNESTO.—Si no ahora, antes de separarnos convendría aquí su presencia. Aunque debamos ocultarle la resolución que tomemos, sepa al menos, que mi proceder fué hijo de la desesperación, y no implica bajeza ni perversidad.

ANTONIO.—Yo ignoro los móviles que le impulsaron; pero es un hecho que entre usted y su mujer, puso voluntariamente la eternidad.

ERNESTO.—Mas no por egoísmo, no. Yo era un ser ominoso, que llevaba consigo la desventura. Las envolvía en mi desgracia, y quise libertarlas de mí. Después de una lucha estéril, empezaba á tocar la miseria, cuando mi padrino, un tío acaudalado de quien era yo heredero, fallece en

Venezuela, donde se dedicaba al comercio. Al llegar á mí la noticia, obtengo de un usurero algunos recursos y vuelo á América. La herencia que esperaba, podíal evantarme. Mas fué el cuento de la lechera. Al hacer escala en Puerto Rico, por una carta que allí me aguardaba, me entero de lo inútil de mi viaje. Mi tío había sido rico, y viudo sin familia, me dejaba en su testamento la mayor parte de su caudal; pero éste era un sueño. La quiebra de una importante compañía había arruinado á mi tío, y no dejaba más que deudas. ¿Qué hacer? Escribí á Julia lo que ocurría, y resolví, pues tenía el pasaje pagado, continuar hasta la Guayra. ¡La fatalidad pesaba sobre mi frente! Era *El Torralba* un hermoso vapor. Fama tenía de seguro y ligero. Al amanecer del 2 de Diciembre, en las aguas de Haití, ocurrió el terrible siniestro que usted ha recordado. La carta de la botella era la viva expresión de la verdad. En todo el horizonte, ni una nave que pudiera socorrernos. A la media

hora el buque se sepultaba en el mar. Una de las lanchas la habíamos perdido, otra se inutilizó en la explosión. Yo tenía buenos puños y sobrada energía. Agarrados á un tablón que quedó á flote, pudimos esperar unos cuantos á que una embarcación nos recogiese.

ANTONIO.—¿Por qué no dar entonc aviso á su esposa? ¡Cuántas desd chas nos hubiéramos ahorrado!

ERNESTO.—Después de haber anunciado al mundo mi muerte por medio de la carta de la botella, vacilé, me faltó decisión para rectificar. En Santo Domingo nadie me conocía. Al prestar declaración ante el Cónsul español, no descubrí mi personalidad y dejé que mi nombre figurase en la lista de los muertos.

ANTONIO.—¡Qué infausta ceguedad!

ERNESTO.—Quería desligarme de todo: patria, familia, amigos. Anónimo, ignorado, desconocido, renacer como nuevo Adán en la tierra. Pero la fortuna tiene extrañas ironías. Apenas rompí la cadena que me ataba á la vida civil española, empezó á son-

reirme la suerte. En mi adolescencia había estudiado para ingeniero de minas. Pasé á los Estados Unidos, y después de vicisitudes varias, ofrecí mis servicios á una compañía que los aceptó, confiriéndome un empleo subalterno en la explotación de unas minas de hierro. Con mi inteligencia é incesante trabajo, gané la confianza de mis superiores y empecé á crear un capital. No bien advertí que las cosas cambiaban para mí de aspecto, volví á pensar en mi mujer y en mi hija. Es verdad—me decía—que las dejé libradas á su propia suerte, mas no es de creer que les haya faltado pan y abrigo en la adversidad. Esa vaga confianza y la idea de que llegaría aún á tiempo para hacerlas felices, me dió nuevos bríos; mi actividad fué más grande, más eficaz mi labor y mayores los provechos de la compañía y los míos. Había amasado con el sudor de mi frente un caudal de cuarenta mil duros. Para vivir tranquilo y venturoso en una dorada medianía, bastaba. Vamos ahora—me dije—á sorprender

á Julia, á premiar sus sacrificios y á poner á sus pies el fruto de mi trabajo. Entonces resolví venir á España. A medida que me iba acercando, me asaltaban crueles temores, que anublaban mi esperanza y me llenaban de angustiosa incertidumbre.

ANTONIO.—Con sobrado motivo. Después de ocho años de pasar por muerto...

ERNESTO.—Es verdad: fué una locura. Recapacitando en ello, procuré enmendarla.

ANTONIO.—Siempre tarde.

ERNESTO.—Julia...

ANTONIO.—Me pertenece: está casada conmigo, y es madre legítima de mis hijos.

ERNESTO.—No sé que un segundo matrimonio pueda ser válido, sin haber terminado el primero por la muerte de uno de los cónyuges. En España no hay divorcio.

ANTONIO.—Pero usted ha muerto, diga lo que quiera; usted no pertenece al mundo de los vivos. Yo he visto á Julia y á Paulina llorar por usted: yo

las he visto de luto. Lo primero que hizo Julia con lo poco que le quedó de la venta de la casa, fué disponer, en honra y memoria de su marido, un modesto funeral. Los asistentes, y yo entre ellos, lo encomendamos á Dios y pedimos por su alma. Entonces fué cuando yo principié á conocer y estimar á Julia en lo que valía.

Ernesto.—Todo eso será cierto, y prueba lo árduo y difícil del trance en que nos hallamos; pero de cualquier manera que la cuestión se considere, ¿quién podrá arrebatarme á mi hija? Yo le traigo la riqueza, la felicidad. Usted no me puede impedir...

Antonio.—Yo no trato de impedir nada. Comprendo que las circunstancias son verdaderamente extraordinarias. Usted obró con increíble temeridad. El arrepentimiento es fácil, no así la enmienda de lo que no la tiene. No está en nuestra mano cambiar el curso de los sucesos, ni borrar las consecuencias de nuestros errores.

Ernesto.—Es verdad hasta cierto pun-

to. Algo, sin embargo, se puede y se debe hacer. Usted ha comprado esta casa que era mía, y yo puedo reintegrarle la suma que dió por ella, y poseerla de nuevo. Usted ha mantenido y educado á su costa á mi hija Paulina, y yo puedo reembolsarle los...

ANTONIO *(interrumpiéndole)*.—Calle, por Dios, y no me avergüence. Con el cariño de Paulina estoy más que pagado.

ERNESTO.—Ese tono de bondad, esa apariencia de rectitud y desinterés me ponen fuera de mí. Preferiría en sus palabras acritud, aspereza...

ANTONIO.—Yo no finjo ni aparento. Amo á Paulina como á mis propios hijos, y tanto como usted puede deseársela, deseo yo su felicidad.

ERNESTO.—No vamos á ejecutar el juicio de Salomón: nuestros cariños son incompatibles. Hay que despejar el terreno: uno de los dos sobra. Sólo la muerte...

ANTONIO.—No creo que piense usted asesinarme. Y yo, que no le tengo amor ni odio, no he de atentar tampoco á su persona.

Ernesto.—¡Palabras y palabras! Mi roce con los yanquis me ha hecho hombre práctico. Es forzoso que esto tenga un fin.

Antonio.—No veo salida, ni modo de desenredar la madeja. Lo mejor hubiera sido enterarse de las cosas, y ya que usted era la causa de todo lo acaecido, y nada tenía que temer por su hija, quedarse en los Estados Unidos, donde tan bien le iba, y no venir, al cabo de tan larga ausencia, á destruir nuestra felicidad sin labrar la suya.

Ernesto.—A lo que no he venido, ciertamente, es á oir sermones. Con ánimo firme y corazón entero, crea usted que hay salida para todo.

Antonio.—¿Legal? ¿Vamos á llevar el asunto á los tribunales? ¿Vamos á pedir la anulación de uno de los dos matrimonios?

Ernesto.—El segundo es nulo.

Antonio.—El primero puede romperlo el Papa, y quedar válido el segundo. Con menos motivos se han disuelto matrimonios por quien puede, en nombre de Dios, atar y desatar.

ERNESTO.—Y para tan incierta solución, ¡cuánto tiempo y cuántos dispendios!

ANTONIO.—¡Los intereses son tan opuestos!... De cualquier modo que el caso se considere, una víctima es inevitable. Como dicen los musulmanes: ¡Está escrito!

ERNESTO.—¿Qué duda tiene? Usted ó yo sobramos. Sin la eliminación de uno de los dos, no hay solución posible.

ANTONIO.—Un funesto destino nos hace incompatibles, sin que entre nosotros haya intencionados agravios que vengar.

ERNESTO.—Ciertamente, y, sin embargo, el mundo no es bastante ancho para contenernos á los dos.

ANTONIO.—Pues bien: veamos si aquí encerrados, evitando el escándalo, sin que en ello intervenga la curia, ni sirva de diversión al mundo frívolo y cruel, quedando todo entre nosotros y en el más profundo misterio, podemos con resuelta abnegación y espíritu de sacrificio, dar á esta congojosa situación un corte definitivo.

ERNESTO.—¿Para qué andarse con ro-

deos? Yo no veo más que uno: que usted ó yo desaparezcamos de la haz de la tierra. No será odio el sentimiento que nos repele, y, acaso, en el fondo, mutuamente nos compadezcamos. Pero si hemos de inspirarnos en un espíritu de abnegación y de sacrificio, ya que la fatalidad nos pone en este trance, ¿por qué no apelamos á un supremo recurso? Hombres somos.

ANTONIO.—No comprendo.

ERNESTO.—No creo estar delante de un pusilánime. En ese caso, me expresaría de otro modo. Entre la muerte, que es un momento, y arrastrar la pesada carga del infortunio toda la vida, ¿cómo ha de vacilar un pecho esforzado? Pues bien, en ese supuesto, voy á diseñarle un cuadro, cuya realidad, únicamente, podría sacarnos del atolladero. Figúrese usted, que sin furor, sin vehemencia, reflexivamente, concertamos un duelo á muerte. Estamos á un paso de la frontera. En cualquier pueblo de Francia hallaremos un par de soldados que nos sirvan de testigos. Se

ponen dos pistolas, una cargada y otra vacía, debajo de un pañuelo; cada cual, al azar, coge la suya, y un momento después, aquel á quien la suerte haya dado el triunfo, venga tranquilamente á gozar de la familia, esposo afortunado. De los hijos, no hay que hablar; los haría á todos suyos.

ANTONIO.—No por temor, pues no temo más que á Dios, sino por creyente, soy enemigo del duelo; pero aunque tuviese la debilidad de aceptarlo, la muerte de uno de nosotros no traería, como consecuencia, la dicha del superviviente, sino todo lo contrario, su irremediable desventura. Pongamos por caso, que el azar me favoreciese. Julia me miraría con horror, y Paulina ya no vería en mí al afectuoso protector de su infancia, sino al verdugo de su padre. Y si en esa apelación á la ciega fortuna me tocase el papel de víctima, se habría usted enajenado para siempre el afecto de Julia y de su propia hija. ¡Y, para tan triste resultado, tan supremo esfuerzo! Otra cosa podría-

mos hacer. Casi no me atrevo á proponerlo, no vaya usted á creer que juego á cartas vistas.

ERNESTO.—¿De qué se trata?

ANTONIO.—Nada de estupendo... Una idea tan sencilla como práctica. Fuera de ella, no veo más que violencia y amargura.

ERNESTO.—Acabemos.

ANTONIO.—Quería usted que Julia presenciase nuestra contienda. Llamémosla, pues. Es virtuosa, intachable cristiana y de clarísima razón; que nos oiga y decida. Llamemos después á Paulina. Le hablaremos, naturalmente, el lenguaje que una niña puede comprender. Sepa que usted es su verdadero padre. Le hemos enseñado á amar su memoria. Tiene más de nueve años, conoce sus deberes, y acaso se incline á usted...

ERNESTO.—¿Y el desechado?

ANTONIO.—Vencido por la fatalidad, se resignará con su suerte, y huirá para siempre de España.

ERNESTO *(como hablando consigo mismo)*.—De Julia, aunque cristiana, y mi esposa, no sé qué pensar... Pero

de Paulina, creo que oirá la voz de la sangre y vendrá á mis brazos.

ANTONIO.—¿Qué decide al fin?

ERNESTO *(vacilante)*.—Llámelas, y sabremos á qué atenernos.

ANTONIO.—El medio que propongo, á falta de otro mejor, no puede abrirnos á ninguno las puertas de la dicha; pero hay que salir de este laberinto.

ERNESTO.—Ahorremos palabras, y vamos á la obra. Todo es preferible á la incertidumbre.

ANTONIO.—Descartada la curia y la violencia, ¿qué otra cosa hay que hacer?

ERNESTO.—Convenido.

ANTONIO.—¿Y el que pierda?...

ERNESTO.—Desaparecerá para siempre.

ANTONIO.—Pues estamos conformes, y somos cristianos, como garantía y sanción de lo concertado *(lo lleva á la mesa, donde está el crucifijo)*, ante esa Cruz, que preside diariamente el rezo de los niños, juremos por el que expiró clavado en ella, conformarnos con nuestra suerte, cual-

quiera que ésta sea, dejando á Julia en paz y sosiego, y huyendo de su lado para siempre el que no logre ser preferido. *(Ponen la mano derecha sobre la peana del crucifijo.)*

ERNESTO.—Por mi parte, lo juro.

ANTONIO.—Yo lo juro también. ¡Que Dios confunda al que invoque en vano su santo nombre! *(Toca un timbre y se presenta la criada.)*

ESCENA 3.ª

Dichos, la CRIADA y á su tiempo JULIA.

ANTONIO *(á la criada)*.—Llama á la señora; que venga en seguida. *(Váse la criada.)*

(Momento de silencio.—Entra JULIA, pálida, y mirando con ojos espantados á los dos maridos.)

ANTONIO.—Sosiéguese, y siéntese, y procure mantenerse serena y dueña de sí misma. Va usted á decidir de su suerte y á fijar su destino. No hay que entrar en explicaciones; harto sabe quién es el señor; yo no lo conocía. Ahora, óigalo con calma y nada tema: está usted entre caballe-

ros. Lo que decida—lo hemos jurado—será sentencia inapelable para ambos.

Ernesto *(reprimiendo su emoción)*.—Conozco lo árduo de mi situación. Cargos no puedo hacer; pero cualquiera que sea el desenlace de este conflicto, debo antes sincerarme. Mi error fué hijo de un sentimiento generoso. Una estrella funesta presidía mi destino, y no quise arrastraros por más tiempo en mi desventura. La desgracia, para mí solo. Si venía la riqueza, y con ella la felicidad á mis manos, compartirla con mi mujer y mi hija. Salvado milagrosamente del naufragio de *El Torralba,* dejé que corriera oficialmente la noticia de mi muerte. ¿A qué rectificar? Juguete del infortunio y esclavo de la miseria, ¿qué podía yo hacer por mi triste familia? Mejor era, olvidado y desconocido, jugando el todo por el todo, lanzarme desalado tras la fortuna. Corrí á los Estados Unidos, y en lucha desesperada con la voluble diosa, al cabo empezó á sonreirme. Mas, al paso que iba acu-

mulando trabajosamente un pequeño capital, despertábase en mí la nostalgia de la patria y de la familia. El corazón, al fin, reivindicaba sus fueros. Las imágenes de Julia y de mi hija estaban como fotografiadas en mi espíritu, y á medida que mi peculio aumentaba, la imaginación se complacía en irlas iluminando con los colores y matices de la vida real. No había suceso, por sorprendente y grande que fuese, ni sensación, por fuerte y profunda, que pudiesen, no ya borrar, ni esfumar siquiera, aquellas imágenes. Latían y respiraban dentro de mi ser; para quitarlas de mi espíritu hubiera sido preciso arrancarme la vida. Mi único afán era ya volver á España, sorprender á mi esposa, poniendo á sus pies el caudal amasado con el sudor de mi frente, y asegurar á mi hija un brillante porvenir.—Es verdad, os dejé en gran estrechez, y os hice creer que había muerto...

JULIA.—Y durante ocho años nos mantuvo en ese funesto error.

ERNESTO.—Ocho años son un siglo y

son un soplo. Yo os veía pobres, desgraciadas: á mi mujer trabajando noche y día para sostener y educar á su hija. Y forjábame la ilusión de llegar á este domicilio humilde y desolado, de improviso, como caído del cielo, con las manos repletas de oro, trayéndoos la dicha y el cariño que, como en un santuario, os había guardado en mi corazón. ¿Cómo dudar de que todas mis faltas serían perdonadas? Mas llego: donde dejé la inopia y el dolor, hallo la prosperidad y la ventura.—Que la ley, que no entiende de sensiblerías y fábulas novelescas me reconoce derechos de marido y de padre, mientras una sentencia no disponga otra cosa, es indudable; pero el sentido íntimo de la justicia y los hechos realizados por culpa mía, me dicen con internas voces, que me faltan autoridad y fuerza moral para imponer y exigir. No pueden, sin embargo, quitarme el derecho de decir á mi mujer: Julia, si un momento de extravío me separó de ti, en lo más recóndito del alma te conservé fidelidad y amor.

Cuando me sacaban, á veces medio asfixiado, del fondo de las minas, bastábame pronunciar dos nombres, Julia y Paulina, para que renaciesen mis fuerzas, y volverme á sentir animado y vigoroso.—Que ambas érais el faro que me guiaba en mi penosa existencia, que nada de lo que pasaba á mis ojos tenía importancia ante las satisfacciones con que la ilusión me brindaba, que ninguna mujer me pareció bella al acordarme de la mía, todo eso lo prueba el acto que hoy realizo. Y, sin embargo, al volver al que consideraba que era mi hogar, hallo mi plaza ocupada, y á mi mujer, sin ser adúltera, con dos hijos que no son míos. Lo reconozco, es mía la culpa. Mas no porque uno pierda parte de su tesoro, desdeña y abandona el resto.—Todo lo ocurrido ha sido en suposición de mi muerte. Vivo estoy: vengo de las riberas del Missouri y me acompañan cuarenta mil duros. Más hubiera podido amontonar; pero me devoraba el engañoso anhelo de regresar al nido que abandoné locamente. Ahora todo me sobra. Sea lo

que quiera, es forzoso concluir. Mujer con dos maridos no es posible, aunque á los dos nos haya bendecido la Iglesia. Mostrad, pues, vuestra predilección, y el que esté de más, huya de aquí cielos y tierra.

JULIA.—A nadie culpo, ni tengo que arrepentirme de lo que he hecho. Creí muerto á mi marido y lo lloré sinceramente. El primer vestido de corto que usó nuestra hija era blanco con lazos negros; los primeros rezos que aprendió en mi regazo, fueron por el alma de su padre. El retrato de él, con un ramito de siemprevivas al pie, colgado está á la cabecera de su cama, entre estampas de santos.—Enferma, sin recursos, desvalida, hallé un alma noble que se interesase por mí y amparase á mi pobre niña. Creo que, más por lástima que por amor, me ofreció su mano. La acepté, y fué tan bueno conmigo, como padre cariñoso para mi hija. No era rico; pero lo poco que tenía lo empleó en rodearme de comodidades y en atender á la salud y educación de Paulina. Dios le pagó su buena

obra, prosperándole en sus negocios y ayudándole á crearse una posición independiente. A mi agradecimiento se juntó el cariño. Dios me oye y no debo ocultar la verdad en este momento solemne. Pero no hay dicha durable: un viento huracanado sobreviene repentinamente y barre mis ilusiones, mis ensueños y mis esperanzas. El sol de mi ventura se nubló, ¡ay!, para siempre. ¿A qué lo he de negar? Sinceramente perdono al marido falaz que huyó de mi dejándome en el abandono y la miseria. Que su índole era generosa y buena, harto lo prueba su noble conducta de hoy. Pero mi alma, por el vínculo de la gratitud y del amor, se halla ligada para siempre á Antonio. Sin embargo, ya no ignoro, que, el que primero me recibió por esposa, vive, y cristiana soy ante todo. Separaré mi domicilio del de Antonio. La felicidad del hogar y mi vida de esposa terminan hoy; no las obligaciones de madre. Triste viuda de dos maridos, ambos vivos y jóvenes aún, quedaré como raro y doloroso ejemplo de las

vicisitudes de la fortuna. Los que me conozcan compadecerán mi desgracia, ó por lo menos respetarán mi honra. Secas y deshojadas las flores que me hacían grato el camino, Dios me dé aliento para soportar las penalidades que me esperan y cumplir mis deberes.

Antonio.—Bien, señora; gracias con todo mi corazón. También para mí se agostan hoy las flores que embellecían mi existencia, y de los dos seré el más desgraciado, porque tengo menos resignación. ¿Qué va á ser de mi morada, sin el ángel que la llenaba de luz, sin la mujer virtuosa y buena que me alentaba en el combate de la vida? ¿Cómo desmayar, teniéndola á mi lado? Mas, ¡ay! todo pasa. ¡Bendito Dios, que durante algunos años, breves como fugaz ensueño, me hizo el hombre más feliz de la tierra! No queremos molestarla más. No, Julia, no padezca más por mí. Retírese y sosiéguese. Aún falta una prueba terrible, y no tendría fuerzas... Ahora es preciso que venga Paulina; su presencia aquí

es necesaria. *(Aparte á Julia.)* Nada temas: ten confianza en mí. *(Toca el timbre y aparece Juan en la puerta del foro.)* Dígale usted á la niña que su mamá la llama. *(Váse la criada.)*

ERNESTO *(aparte).*—Por lo visto, mi causa está perdida. Para apurar todas las amarguras, sólo falta que Paulina me niegue...

ESCENA 4.ª

Dichos y PAULINA, con el cabello suelto, rebosando en frescura y candor. Sus ademanes son naturalmente desembarazados. Mira con extrañeza á ERNESTO y corre á abrazar á ANTONIO.

ANTONIO.—Mira, niña; ahora vas á ser muy formalita, y para que estemos contentos de ti, vas á responder á lo que se te pregunte, como tú lo sientas, como si estuvieras sola rezando en tu cuarto á la Virgen, que tanto te quiere, porque eres buena y no dices nunca una mentira. Este señor que está aquí conmigo, no te asuste, te quiere tanto como yo, más todavía...

PAULINA *(con extrañeza).*—¿Más?

ANTONIO.—Te explicaré, y pon mucha atención, para que me comprendas bien. ¿Por quién rezas todas las noches antes de acostarte?

PAULINA.—Por el alma de mi papá. El pobrecito me quería mucho. *(Ernesto se enjuga las lágrimas con el pañuelo.)*

ANTONIO.—Pues mira, aunque todos lo creíamos muerto, estábamos equivocados. Tu papá vive y está sano y salvo. Dios te lo ha conservado. Es este señor que está aquí con nosotros... Ve y dale un beso. *(Paulina lo mira asombrada, se le acerca con timidez y desconfianza y le presenta la cara. Ernesto, fríamente, le da un beso.)* Tu papá estaba muy lejos, allá en América, y no ha podido venir antes á buscarte. Yo seré siempre un amigo, que te querré mucho; pero Cristo nuestro Señor, y la Virgen, mandan que los buenos hijos vayan y estén con sus padres.

PAULINA *(rompe en llanto y corre á Antonio, al cual se abraza).*—Yo no me quiero ir; tú también eres mi papá.

ERNESTO *(con despecho).*—No apene más á esa criatura. *(A Paulina.)* No tengas cuidado. Vete á jugar. *(Paulina desaparece por el foro, volviendo de vez en cuando la cabeza para mirar á Ernesto.)* Paso de la esperanza al desaliento, y mi resolución está tomada. Llevo la maldición en la frente... Si pudiera huir de mí como huyo de vosotros... ¡Cuán efímera y caduca la humana felicidad!... *(Después de breve pausa y con ademán resuelto.)* Adiós... *(Váse profundamente conmovido. Antonio sigue con la vista á Ernesto. Julia se acerca á la mesa, coge el crucifijo, cae de rodillas y lo besa. Cuadro.)*

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO II

La misma decoración que en el anterior.

ESCENA 1.ª

La CRIADA arreglando la habitación.

¡Pobre señora, tan buena! ¿Quién había de pensar que ese desconocido trajese á este hogar, tan feliz, la desgracia y la muerte? A pesar de haberla sacramentado ayer, el médico da hoy esperanzas. Pero yo, que tengo costumbre de servirla y la veo de cerca, no me forjo ilusiones. Desde que ese forastero, hace ocho días, visitó esta casa, ni duerme, ni come, ni sosiega un momento; vive de sí propia, y la fiebre devora su mísero cuerpo. ¡Qué tremolinas se arman en las casas! Cuando parece que reina la dicha, y todo es mieles y rosas,

el diablo, que está siempre en acecho, mete la pata, y convierte nuestra ventura en ceniza y tinieblas. ¡Dos maridos, cuando hay tantas que no tienen ninguno!... Y si la señora fallece, ¿qué va á ser de esas pobres criaturas? Yo, que la señora, no lo hubiese, á la verdad, tomado tan á pechos. Puesto que D. Ernesto se lo ha buscado, "hijo—le hubiera dicho bonitamente—si por tu gusto te moriste, Dios te perdone, y aguárdame en el cementerio. Yo sigo viva; el muerto al hoyo y el vivo al bollo. La plaza está ocupada.„ Y el tal, para difunto, no es, ciertamente, mal parecido... Pero, ya se ve, ¡tres años de viuda! y presentarse D. Antonio con el cura debajo del brazo... ¿Qué había de hacer la señora? ¡Pobrecita! El Patriarca bendito nos saque con bien, y por su poderosa intercesión recobre la salud... Oigo pasos... Aquí viene el señor con el cura. Veremos en qué paran estas misas.

ESCENA 2.ª

ANTONIO y el SACERDOTE

Antonio *(muy afligido)*.—Padre, hábleme con franqueza, ¿cómo encuentra usted á Julia?

Sacerdote.—La encuentro mejor que ayer. Dijérase que los Santos Sacramentos le han aliviado el alma y el cuerpo. Está más tranquila. ¡Quién sabe! La ciencia no es infalible. ¡A cuántos, que los médicos desahuciaron, el Señor les devolvió la salud y vivieron largos años! ¡El golpe ha sido tan imprevisto y tan violento!

Antonio.—No abrigo esperanza. Su naturaleza, delicada y sensible, no ha podido resistir á tan dura prueba.

Sacerdote.—¿Y no habría podido evitársele la terrible escena que le espera?

Antonio.—Imposible. A pesar del presagio del médico, de que no tiene momento seguro, y que hoy, mañana, ahora mismo, puede sucumbir,

no he querido echar sobre mí las tristes consecuencias, que hubiera acaso tenido para su hija, mi resuelta oposición á que la entrevista se verificase.

Sacerdote.—¿Y partió de ella misma la idea?

Antonio.—Sí; pero, su resolución de verlo, fué á consecuencia de la carta que se ha recibido. Como lo había jurado por la Cruz del Redentor, al ver desvanecidas sus esperanzas, se retiró despechado, despidiéndose para siempre. Julia, deshecha por tan fuerte sacudida, llena de escrúpulos y turbada su conciencia, no tuvo más que un pensamiento, apartarse de mí, no obstante su apasionado amor, y separar nuestros domicilios. Por nada se hubiera reconciliado con el marido; pero yo, á sus ojos, no era ya más que un amante, y ella se espantaba de sí propia, al verse transformada, repentinamente, de esposa en querida. Tan vivas emociones y tan recia lucha de afectos y sentimientos, la postraron en el lecho, desfallecida, sin fuerzas

para nada. En esto llegó, procedente de Vitoria, la carta que voy á leer, porque, aun sabiendo las cosas por habérselas, como supongo, contado Julia en confesión, la infeliz no habrá tenido aliento para extenderse mucho. *(Saca la carta.)* Dice así: *(Lee.)* "Antes de emprender mi viaje á los Estados Unidos, adonde voy á pasar el resto de mis días, me ha sido necesario venir á esta ciudad para poner en regla mis negocios. Sea cualquiera la suerte que el cielo me depare, no puedo ni debo prescindir de que Paulina es mi hija, y teniendo medios para ello, he querido asegurarle su porvenir. El próximo lunes, á las tres, me personaré en su casa, acompañado de un Notario, para entregar á la que fué mi mujer papeles y documentos muy importantes, relacionados con la futura suerte de nuestra hija. Fuera de esa formalidad, puramente jurídica, en nada tengo que modificar mi resolución, que es inquebrantable, de desaparecer para siempre.„

Esta carta llegó con oportunidad.

Poco antes, en un momento de calma, me había dicho Julia: "Me siento morir. No quiere Dios que sea de uno ni de otro. Más vale así. He vivido contigo honrada y feliz; ahora sería infortunada y adúltera. A ti, nada tengo que prevenirte: viviendo tú, yo no haré falta á nuestros hijos. Pero Ernesto es otra cosa: en conciencia, debo avisarle para que se encargue de su hija. Muerta yo, sólo incumbe á su padre disponer de ella. Lo que me apena es pensar que, tal vez, se haya ausentado ya, y lo difícil que será averiguar su paradero."

Cuando me entregaron la carta, me hallaba á la cabecera de su lecho. Nada le pude ocultar, ni traté de ello. Y cuando se enteró del contenido, se animó su fisonomía, y cogiéndome la mano, exclamó: "Me alegro. ¡Qué peso se me quita de encima!"

Sacerdote.—Es una santa.

Antonio.—Y yo el más infeliz de los mortales, como ayer el más venturoso. *(Pausa.)* Usted, Padre, no nos abandone hasta que pase la triste es-

cena. El ver á su lado á un ministro del Señor, le dará vigor y confianza.

SACERDOTE.—Si Bernáldez no viene más que á asegurar la dote de Paulina, y si Julia, por su parte, se ciñe á manifestarle que, de faltar ella, venga á recoger á su hija, el acto podrá ser breve y tranquilo. Es preciso, ya que no hay medio de evitarlo, que todos se revistan de prudencia, para que en tan solemne momento los ánimos permanezcan tranquilos.

ANTONIO.—No es fácil contener los impulsos del corazón. ¡Ay, Padre!, lo creíamos muerto, y él viene á matarnos á nosotros. *(Se sienta muy afligido, oprimiéndose con la mano izquierda el corazón y, con la diestra, llevándose el pañuelo á los ojos.)*

SACERDOTE.—Comprendo esa amargura; pero al varón justo no sienta la flaqueza del ánimo. *(Dan las tres en el reloj de la chimenea.)*

ANTONIO *(levantándose)*.—Las tres: ya no puede tardar. La impaciencia me devora. Oigo pasos en la antesala.

(Se abre una puerta y se presenta la criada.)

ESCENA 3.ª

Dichos y la CRIADA.

CRIADA.—Don Ernesto Bernáldez con otro caballero.

ANTONIO *(aparte)*. — Dios me asista. *(Alto.)* Que entren y di á la señora...

CRIADA.—Creo que está descansando. Hace un momento dormía; pero como le dura tan poco...

ANTONIO.—Pues bien; di á la Hermana, que cuando despierte, le anuncie la llegada de Don Ernesto. *(Váse la criada.)*

ESCENA 4.ª

ANTONIO, el SACERDOTE, ERNESTO y el NOTARIO con una cartera debajo del brazo.—Se saludan fríamente con una leve inclinación de cabeza.

ERNESTO.—Ya sabe usted por mi carta á lo que venimos. El Sr. D. Ruperto Díaz, mi notario *(indicando al acompañante)*.

ANTONIO *(inclinando levemente la cabeza)*.—Muy señor mío. Se recibió, en efecto, la carta de usted, y estamos al tanto de todo. Julia se halla prevenida; pero no sé hasta qué punto podrá resistir... porque, la verdad, su estado es lamentable.

ERNESTO.—¿Todavía indispuesta? Yo creí, que, con mi ausencia, hubieran aquí renacido la paz y la alegría. Quitada la causa, quitado el efecto.

ANTONIO.—Mal conoce usted á Julia. Los ocho años que anduvo usted... anónimo, le han hecho olvidar la acendrada virtud, la extremada delicadeza de la que fué su esposa.

ERNESTO.—Y por las leyes lo es aún.

ANTONIO *(exhalando un suspiro)*.—Hoy es una mujer moribunda. El golpe ha sido duro y la herida... mortal.

ERNESTO.—No falta más, sino que después de haberme suplantado, me pinte usted como su verdugo.

ANTONIO *(con indignación)*.—¡Suplantado! No es esa la palabra. Diga usted, recogido lo que dejó abandonado como onerosa impedimenta.

ERNESTO.—Ese tono de injuria no lo admito. Si me obligué, por el pacto que hicimos, y no he de faltar á mi juramento, no crea usted por eso que he de sufrir mancilla en mi dignidad. Si usted no se hubiese interpuesto, y la caridad de que alardea no hubiera sido interesada, haciendo el bien por el bien, como Dios manda, hoy sería feliz con mi esposa y mi hija, y á usted lo acataría como á bienhechor; pero ahora...

ANTONIO.—Como sé que voy á perderla, abatido está mi espíritu... Pero si usted me hostiga; si usted viene á mi propia casa á insultarme, no cuente demasiado con mi mansedumbre. La paciencia tiene su límite.

ERNESTO.—A buena hora. Si cuando le propuse librar el conflicto á un juicio de Dios, más que del viril denuedo, no se hubiese aconsejado de la reflexiva prudencia...

ANTONIO.—Alto allá. Para defender mi honor nunca es tarde, y si Julia muere... para vengarla.

SACERDOTE.—Me obligan ustedes á romper el silencio hasta aquí guardado.

Padre espiritual de la doliente y ministro de paz, ¿cómo no tomar cartas en el asunto? Los dos van extraviados. Depongan ese furor intempestivo, y háganse cargo de la realidad. Cristianos y caballeros son ustedes, y ambos abrigan nobles sentimientos. Un conjunto extraordinario de circunstancias, en que, si ha habido error de entendimiento, no ciertamente malicia de corazón, y en que las mismas culpas parecen redimidas por los sacrificios y las virtudes, les ha colocado en tan penosa situación. Dios, en sus hondos designios, permite á veces el mal, para sacar el bien, y limpia y acrisola nuestro espíritu en la fuente de la amargura. Cese tan vana contienda. El eco de vuestra ira puede llegar á su oído y envenenar sus últimos momentos. Julia es una santa, cuya alma está dispuesta á volar al cielo. Quién sabe si mañana no lloraréis delante de su tumba.

ERNESTO.—Pero... ¿qué ha sucedido, desde ocho días acá, para que me contristen con frases tan lúgubres?

¿Qué es ello? ¿No se trata de una ligera indisposición?

Antonio.—Se trata de que, sin remedio en lo humano, la vamos á perder. Mejor dicho: la hemos perdido.

Ernesto. — Explíquense, por Dios Santo.

Antonio. — Yo no estoy para nada. Señor cura, explíquele rápidamente lo ocurrido. Julia, que descansaba cuando llegó el Sr. Bernáldez, y no puede tardar en llamarnos á su presencia.

Sácerdote.—Todo debe usted saberlo *(A Bernáldez)*, y se lo referiré en breves palabras. Desde la fatal entrevista, Julia no tuvo más afán que separarse del que para ella, hasta aquel momento, era legítimo esposo. Si no hubiera tenido hijos, sin vacilar se habría sepultado en un convento. Era madre, y madre amantísima, y no podía desentenderse de sagradas obligaciones. Viviendo el primero á quien se había unido con la bendición de la Iglesia, la rectitud de su conciencia no le consentía seguir habitando con el segundo, por más que

la hubiese hecho feliz. Creyéndose viuda, pudo, sin ofender á Dios, enlazarse á otro hombre; mas al saber que el que ella denominaba primer marido no había dejado de existir, le espantó la idea de seguir viviendo con otra persona, aunque á ella debiese inmensa gratitud y fuera el amado de su corazón. Proponíase, pues, separarse cuanto antes de D. Antonio; pero el imprevisto golpe la anonadó, y en la horrible lucha que se libraron en su alma deberes y afectos, la infeliz cayó vencida. Devorada por la fiebre, pidió los Santos Sacramentos, y después de recibirlos, manifestó vivísimo deseo de volver á ver á usted y de hablarle, antes de que se ausentase, y también de dejar ella esta mansión de duelo. En esto llegó la carta, y al enterarse de que usted venía, se reanimó todo su ser, y se propuso recibirle con la serenidad del que tiene pura su conciencia. Por la Hermana que la asiste, ya sabrá que está usted aquí, y no tardará en llamarnos á su alcoba. La pobre no se puede levantar.

Ernesto.—Nací en signo fatal, y va conmigo la desventura. ¿Por qué en el naufragio en que tantos perecieron, salvé de las olas esta ominosa vida?

Sacerdote.—Sometámonos con resignación á la voluntad suprema. Yo, con mi carácter de sacerdote, me atrevo á rogar al Sr. Bernáldez, que lo que haya de exponer, lo haga en términos de prudencia y moderación que no provoquen una crisis en la enferma, que sería de funesto desenlace. Si ha de contar ésta como última entrevista, que sea de paz para su espíritu al desasirse de los lazos terrenales.

Ernesto.—Llegué, lo confieso, aguijado de impulsos mundanos, y en esta atmósfera de pena y de tristeza, mis ánimos han decaído, y una indefinible sensación de fatiga y abatimiento domina todo mi ser.

Antonio.—Veamos si Julia está ya en disposición de recibirnos. *(Toca un timbre y se presenta la criada.)* Pregunte usted á la Hermana, si quiere la señora que pasemos ya á su pre-

sencia. *(Vase la criada.)* ¡Dios se apiade de nosotros!

SACERDOTE *(levantando los brazos).*— Yo imploro su misericordia en esta hora de inmensa amargura.

ESCENA 5.ª

Dichos, la CRIADA, JULIA y una HERMANA DE LA ESPERANZA.

CRIADA *(desde la puerta del foro).*— La señora ya viene. *(Se retira. Movimiento general de sorpresa. Julia, con los ojos hundidos y la palidez de la muerte, se presenta en un sillón con ruedas, impulsado suavemente por una Hermana de la Esperanza. Viste un peinador blanco. Tiene en la mano un pañuelo y un pomito de sales. Al verla, todos la rodean con afectuoso interés y ayudan á situar el sillón en punto conveniente. A una indicación de ella, el Sacerdote ocupa una silla á su lado. Los demás de pie, artísticamente agrupados. La Hermana sale y vuelve en seguida con un vaso que deja sobre el velador.)*

JULIA *(con voz apagada).*—Comprendo vuestro estupor. Debo pareceros como evocada de una tumba. ¡Bendito Dios!, que antes de llamarme á su presencia, me permite hablaros con la sinceridad del que, convirtiendo á él sus ojos, siente que van á desatarse los lazos que lo ligan al mundo. ¡Qué gran pesar para mí, si al dejar la tierra, con las lágrimas de los que me han amado, no llevara siquiera la compasión de aquel á quien primero me unió la Iglesia!

ERNESTO.—Su único marido.

JULIA.—Es inútil volver sobre ese asunto. Usted, Ernesto—y no le sorprenda que deponga el tono familiar en estos momentos—deseaba verme para dictarme instrucciones acerca de su hija, y yo anhelaba también ver á usted para hablarle de ella. Sea como quiera, aunque ya pocos encargos puedo cumplir, diga lo que se le ofrezca. Lo que mande, si me alcanza la vida, lo haré con humildad. Por mi parte, he de pedirle un favor. *(En la manera de hablar de Julia ha de notarse esfuerzo y fatiga.)*

Ernesto.—Siento, á fe, el estado en que usted se encuentra; pero, como no pierdo la esperanza de que recobre la salud, porque aún es joven, y porque Dios oirá las súplicas de todos los que por usted se interesan, vengo acompañado de un Notario, á notificarle las disposiciones que he tomado respecto de mi hija, cuyo porvenir, sea de mí lo que le plazca al destino, no puede serme indiferente. No es mi intención, señora, molestar á usted en nada, y no me consolaría de agravar con mis palabras sus penalidades, que nadie más que yo deplora. En vísperas de ausentarme para siempre, he querido dar á mi hija una dote, que le sirva de base y de atractivo para contraer mañana ventajoso enlace. Cuarenta mil duros fueron la recompensa de mis afanes y el fruto de mis sudores, en ocho años de incesante trabajo. No logré con ellos la felicidad, ni siquiera el bienestar y sosiego á que aspiraba. Nuevo judío errante, es mi sino andar peregrinando por tierras y mares, sin nido en que guarecerme,

ni rama en que posar un momento. Sea como quiera, ese capital no lo junté para mí, lo junté, á fuerza de voluntad y perseverancia, para mi mujer y mi hija. Ofrecerlo hoy á mi mujer, sería irrisorio. Su dignidad se resentiría, sólo con que intentase poner á su disposición ese puñado de oro, amasado con mi sangre. Mi hija ya es otra cosa. Su padre ha velado por ella, y en el documento que ahora leerá el notario, é invito á los presentes á firmar, otorgo á mi hija una dote de treinta y cuatro mil duros. Yo sólo me he reservado seis mil. ¿Para qué más? Me sobra para trasladarme á los Estados Unidos, y acabar mi existencia trabajando en las minas del Missouri ó de la Virginia.—Sírvase usted leer. *(Al Notario: éste se sienta cerca de un velador y empieza á leer el documento. Silencio profundo.)*

NOTARIO *(leyendo)*.—"En esta ciudad de Vergara, provincia de, etc., el día 27 de Septiembre del año de gracia de mil...

ERNESTO *(interrumpiendo)*. — Para

abreviar, lea sólo lo referente á la dote.

Notario *(sigue leyendo)*.—"Don Ernesto Bernáldez, de treinta y cinco años de edad, de estado, etc., etc., y exhibida la cédula personal, que lo era de oncena clase, con el número...

Ernesto.—Adelante, adelante.

Notario *(leyendo)*.—"Ante mí, notario de este ilustre Colegio, etc., compareció, y dijo: Que teniendo resuelto ausentarse de España, por tiempo indefinido, y no pudiendo prever las vicisitudes de la existencia, deseaba, antes de partir, asegurar la suerte de su hija legítima, Paulina Bernáldez y Ferrán, menor de edad, que vive con su señora madre, doña Julia Ferrán, domiciliada en la calle de, etc., á cuyo fin constituía á su favor, en calidad de dote, con las particularidades que se expresan después, un capital de ciento setenta mil pesetas efectivas, en diferentes valores, depositados en el Banco de España, según resguardo que dejó custodiado en esta Notaría, con encargo de cobrar el producto de los mis-

mos, entregando la tercera parte de los rendimientos á la mencionada señora doña Julia para la manutención y decoroso sostenimiento de su hija, debiendo, con las otras dos partes, ir aumentando progresivamente el capital, que, á su mayor edad, le será religiosamente entregado, ó antes, si contrajese matrimonio.—En el caso, no probable, pero posible en este mundo, donde todo es efímero y perecedero, de que su amada hija dejase de existir antes de haberse realizado aquellas condiciones, es la voluntad del otorgante, que el caudal relicto no ha de ir en ningún caso á la madre, la citada doña Julia, la cual hará renuncia formal de los derechos que la ley le reconoce como heredera de su hija; pues esta señora no es creíble que llegue á necesitar de tal sucesión...

ANTONIO *(aparte)*.—¡Qué falta de delicadeza!

NOTARIO *(continuando)*... ni, en conciencia, podría aceptar un caudal que, por su fallecimiento, pasaría á

hijos habidos fuera del matrimonio con el otorgante...

ANTONIO *(no pudiéndose contener).*— Basta, basta. ¿Vienen ustedes aquí á insultar á una moribunda? No lo he de consentir...

SACERDOTE.—Paz, señores, paz, ¡por Jesús crucificado!

ANTONIO.—¿A qué vienen esos ambajes para dotar á su hija, ni quién le ha demandado un céntimo de su fortuna? Cuanto yo poseo es de Julia. Si el señor Bernáldez ha amasado con sangre su caudal, con sangre he amasado yo también el mío, y sin cortapisas ni restricciones, lo consagré á la felicidad de Julia y de su hija.

JULIA.—No se disputen ¡por Dios! y tengan piedad de mí. No llenen ustedes de amargura los breves momentos que me restan de vida. Oiganme, y guarden silencio, si quieren recoger mi última palabra... ¡Ah!... Me ahogo... Dadme de beber... *(Antonio, auxiliado de la Hermana, la ayuda cariñosamente á llevarse á los labios el vaso ya preparado sobre el vela-*

dor. Luego prosigue.) Aunque esta entrevista es dolorosa, con afán la deseaba. En ocho días todo ha cambiado. Verdad decían ustedes, cuando afirmaban que para orillar el conflicto sobraba uno. Sí: uno sobraba; pero no era ninguno de ustedes: era yo. Todo, todo ha cambiado. *(Dirigiéndose á Ernesto.)* Eche al fuego esos inútiles papeles, donde tan cruelmente se me trata. Mi alma está limpia, y no culpada, como ese documento induce á creer. Su fingida muerte fué causa de todo. Tres años llevé luto. Cuando á los ocho apareció usted de nuevo, lo hecho no se podía deshacer... *(Con fatiga.)* Permitidme descansar un momento... *(Pausa.)*

SACERDOTE.—Todos le rogamos que no se esfuerce más. Se atormenta en vano. ¿Quién no ha de hacer justicia á su bondad y á sus virtudes?

JULIA.—Poco me queda que decir... He de acabar. Lo acaecido no tenía remedio; pero con mi fe de cristiana ahogué mis más dulces sentimientos. Hasta entonces había sido inocente;

en adelante, de no separarme del hombre que amaba, habría sido culpable. Vencí mi corazón y desgarré el suyo: la lucha me cuesta la vida. No condeno á nadie. Que Ernesto es bueno y me quería, lo ha probado con sus hechos y revelaciones. Un error, el orgullo, la falta de humildad y resignación, lo perdieron, y ¡ay! su conducta nos perdió á todos. Que mi recuerdo no sea nunca para él un remordimiento. No es él quien me mata, es Dios que juzga que he cumplido mi misión en la tierra, y sabe que siendo bueno Ernesto, y tan noble y generoso Antonio, sus tiernos hijos no necesitan madre. *(Muy fatigada.)* No, Ernesto, no piense en irse á América, ni á ninguna parte, pues tiene el santo deber de recoger á su hija y dar calor á los gérmenes que yo, infortunada madre, deposité en su alma... ¡Ah, no puedo más... *(Queda desfallecida. Antonio y la Hermana tratan de animarla.)*

ANTONIO.—¡Por Dios, Julia! Si algún influjo me queda en su ánimo, sosiéguese, por piedad.

SACERDOTE.—Y yo, como padre espiritual, le ruego á usted que no se fatigue. Ya es tiempo de que se recoja en sí misma y sólo piense en Dios. Además... ¿Para qué se esfuerza? ¿Qué puede decir que no sepamos? Señores, yo conozco el fondo de su corazón y hablaré por ella. En su nombre y en el mío, como ministro del Redentor, les pido, les conjuro *(dirigiéndose á Ernesto y á Antonio)* que no se miren con saña ni se guarden rencor. *(Uno y otro apartan el rostro con esquivez.)* Ambos son ustedes cristianos. El azar de los sucesos ha causado su desgracia; pero donde no hay malicia ni intención, no hay culpa. Todo en este caso es extraordinario. Os une un lazo que anudó la mano de un ángel: romperlo sería un crimen: los dos amáis tiernamente á la niña Paulina. Mientras uno trabajaba en las minas para crearle un porvenir, el otro se afanaba con igual abnegación en asegurarle el pan de cada día..

JULIA *(con exaltación).*—Permitidme algunas palabras, pocas serán. Fuer-

zas, ¡Dios mío, dadme fuerzas! *(Se levanta como por un golpe galvánico.)* Ernesto, si le he ofendido, si á mi pesar y contra mi voluntad le he agraviado, quiero echarme á sus pies y que me perdone. *(Los presentes la detienen. Ella cada vez más exaltada, prosigue.)* ¡Ah! No, dejadme morir así... ¡Piedad de esta desdichada! *(Todos hondamente conmovidos.)*

ANTONIO *(aparte, con voz velada por el llanto).*—¡Qué horrible sufrimiento!

ERNESTO.—¡Por Dios, señora! ¿Qué pretende?

JULIA *(con fatiga, que crece á medida que habla).*—Sed buenos conmigo: no me neguéis el último consuelo en esta suprema angustia. Decidme que no os aborrecéis, y que los dos rogaréis por mí... Dadme vuestras manos *(Las coge y las junta temblorosa)*, y unidlas... Así... Así... *(Cae desmayada sobre el asiento. Todos la rodean. La Hermana le aplica el pomo de sales. Antonio le toca la frente. Momento de consternación.)*

HERMANA.—¡Su corazón deja de latir!

Antonio *(con desesperación).*—¡Muerta!, ¡muerta!



Ernesto.—¡Julia mía! *(cogiéndole una mano).*

Antonio.—¡Alma de mi alma! *(cogiéndole la otra mano).*

PAULA *(fuera)*.—¡Mamá!, ¡Mamá!

SACERDOTE *(á la Hermana)*.—Que no entre esa criatura.—*(La Hermana sale apresuradamente.)* ¡Misericordia, Señor! *(Levantando los brazos.)* *Cuadro.—Telón.*

FIN DEL BOSQUEJO DRAMÁTICO

ÍNDICE

Esta obra
se acabó de imprimir
en la imprenta de Gabriel López Horno,
San Bernardo, 92,
el 10 de Julio
de 1903.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Sentir y soñar, versos: un volumen en 8.°

La Hija de Alimenón, leyenda en verso: un volumen en 8.°

Poesías: un tomo en 8.° (Colección de Escritores Castellanos).

Contrastes, drama en cuatro actos.

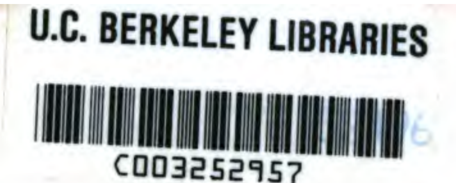
La Leyenda de Hixem II.—El Capitán Morgan: un tomo en 8.° mayor.

Cuadros de la fantasía y de la vida real: tres volúmenes en 8.° (Biblioteca Elzivir. Barcelona).

Bosquejo biográfico del Conde de Casa-Galindo.

El Marqués de Molíns y sus obras literarias: folleto en 8.°

De Literatura y Arte. Discursos, cartas y otros escritos: un volumen en 8.°


U.C. BERKELEY LIBRARIES
C003252957

